

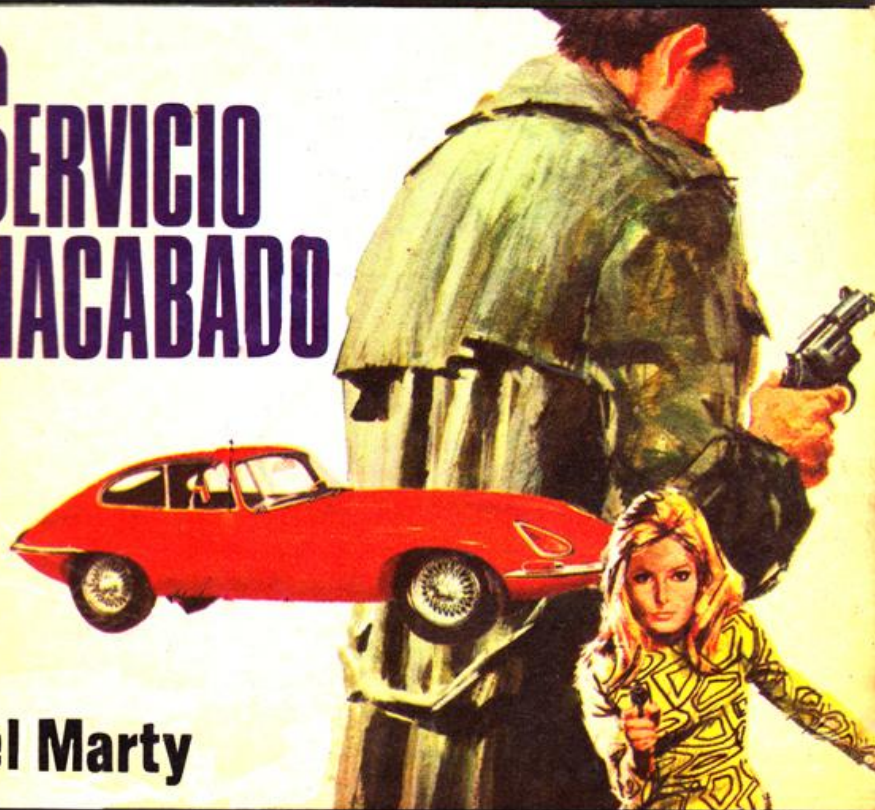


BOLSILIBROS
EASA

FBI

SERVICIO INACABADO

Fel Marty



SERVICIO INACABADO

Fel Marty

colección
F.B.I.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Dispara cuando quieras. De todos modos no te servirá de nada el matarme. Detrás de mi vendrán otros hombres del

F. B. I.

y tendrás que responder de tus crímenes tarde o temprano...

La voz de Jack McKinney, el agente especial del

F. B. I.,

era firme al pronunciar estas palabras, aunque el cañón de la pistola del asesino apuntaba rectamente a su cabeza. No podía defenderse ni intentar nada para salvar su vida. Habían tenido buen cuidado de atarle los brazos a la espalda y mantenerle firmemente sujeto a una corpulenta encina después de que le golpearon a traición. Debía esperar, indefenso, a que su enemigo acabara con él.

El fulgor demoníaco de los ojos del asesino se acentuó ante su tranquilidad, y por toda respuesta dejó escapar una sonora carcajada, que el eco repitió una y otra vez más allá del Valle de la Muerte.

Y luego, irónico, mordaz:

¡Otros hombres del

F. B. I.!

Gracioso, muy gracioso. Eres muy listo, muchacho. No estamos en San Francisco ni en New York. En estos lugares la vida de un hombre no significa nada ni interesa a nadie. Si alguien desaparece, pronto se pierden sus huellas. Mira: ¿quién crees que va a venir a buscarte aquí...?

El asesino tendió la mano y apuntó con el dedo a la lejanía. McKinney siguió aquella dirección con la mirada. Ante sus ojos se extendía la desolada planicie del Valle de la Muerte. Una llanura inmensa, en la que el sol se bañaba sensual en la quieta superficie

salina de su suelo. Más allá, la ingente mole de los Montes Fúnebres, pelados y resecos, monstruosos y repelentes, embistiendo bravíos al cielo azul, sin mácula, de California.

—Mira, mira bien. Ésa va a ser tu tumba. ¡El Valle de la Muerte! ¿Verdad que es un nombre muy bonito? Hasta aquí no vendrán los hombres del

F. B. I.,

y aunque vinieran no encontrarían más que unos huesos pelados y resecos, porque los buitres y las fieras darán bien pronto cuenta de ti.

Ahora el asesino señalaba al cielo. Sobre sus cabezas, una pareja de buitres revoloteando incansables. McKinney no pudo reprimir un estremecimiento al verles.

—Bien, muchacho —cambió bruscamente de conversación—. Estoy perdiendo demasiado tiempo y tengo que regresar a Idaho. No puedo abandonar mis negocios, y, además, mis amigos están impacientes por comenzar el festín...

Con una mano señaló a las incansables aves, que parecían presenciar lo que iba a suceder, mientras con la otra empuñaba firmemente la pistola. McKinney cerró los ojos al tiempo que sonaba un disparo. Al oírlo, los buitres escaparon veloces, graznando aterrorizados. Un hilo de sangre comenzó a brotar de la frente del joven policía, al par que la cabeza le caía sobre el pecho, bruscamente.

Aqué! fue el único disparo que se oyó. No hacía falta más. El asesino ni siquiera se ocupó de comprobar si había matado al agente especial. Le corría prisa deshacerse de él. Cortó las cuerdas que le sujetaban al árbol, y McKinney cayó de golpe al suelo. Antes de arrastrarle hasta el valle, le extrajo del bolsillo la placa y la credencial y se las guardó en la americana. Después le empujó por la pendiente ladera de la montaña, y el cuerpo del agente especial rodó dando tumbos hasta quedar inmóvil sobre el salitroso suelo.

Luego emprendió el regreso hacia Idahe, la reserva india, el poblado de los modoc, adonde fue enviado McKinney para desenmascarar y detener a los hombres que, fingiéndose agentes de una compañía de seguros, estaban defraudando a los incautos pieles rojas.

Sonrió satisfecho, mientras se dirigía al lugar donde tenía

escondido su caballo. Todo le había salido como pensó. McKinney se dejó engañar fácilmente. Comenzaba a saber demasiado y convenía quitarlo de en medio. Enviaría los atributos del cargo del joven agente especial a Washington con una atenta carta. Precisamente aquella misma mañana habían encontrado el cadáver de un desconocido flotando en las aguas del Tulare. Un desconocido alto y rubio como McKinney. Nadie dudaría, si él lo aseguraba, que aquel hombre llevaba encima la placa y la credencial del

F. B. I.

El cadáver del desconocido podría pasar muy bien por el del agente especial...

Antes de subir al caballo examinó cuidadosamente sus ropas y miró sus manos.

«No, no llevo sangre», murmuró, complacido.

Puso un pie en el estribo y, ágilmente, se colocó sobre la silla. Cogió las riendas del caballo, le palmeó en el cuello, y el animal emprendió un trote ligero.

Su rostro denotaba innegable satisfacción, y el brillo homicida había desaparecido de sus ojos. El alegre silbido de una tonadilla de moda acompañaba su marcha. Ciertamente, era un hombre feliz.

McKinney quedaba allí atrás, tendido boca abajo en el Valle de la Muerte, y acompañado del cortejo gritador de los buitres...

Tim Daney acababa de salir de la Academia de Quántico cuando le enviaron a Idahe para continuar las investigaciones iniciadas por Jack McKinney. Especializado en lenguas indias, hablaba, si no a la perfección, sí lo suficientemente bien para hacerse entender, el idioma de los atabascas. Habían transcurrido seis meses desde que encontraron el cadáver de McKinney flotando en las aguas del lago Tulare, según las noticias recibidas en Washington, cuando el bisoño agente especial del

F. B. I.

llegó a la reserva india de Idahe. Tratábase de una población rica y floreciente, situada en la margen izquierda del lago.

Tim Daney, parado en medio de la plaza principal de la localidad, miraba extrañado a un lado y a otro. Esperaba encontrarse con un poblado indio de casas puntiagudas y circulares, y con pieles rojas pintarrajeados los rostros de ocre y largas plumas de águila. En vez de ello, veía una multitud de gentes vestidas como

en cualquier otro lugar de los Estados Unidos, casa confortables y calles relativamente bien pavimentadas.

Dejábase sentir un calor agobiador. Un trago no le vendría mal. Encontró cerca de allí un reducido establecimiento de bebida, donde un chino con aspecto de simio servía a los clientes semi oculto tras un alto mostrador de madera.

—Buenas taldes, señol —le saludó el oriental, para hacerse ver, empinándose sobre las puntas de los pies.

Daney replicó al saludo con la cabeza y se apoyó en el mostrador, de espaldas al dependiente, observando a los escasos clientes del establecimiento. Un inglés, alto y seco, sorbía un refresco de zarza dando largas y ruidosas chupadas a una paja introducida en el vaso. Más allá, un negro, greñudo y sucio, charlaba animadamente con un hombre de cabeza cuadrada, mentón cuadrado y ojos profundamente hundidos en las cuencas. Al parecer, se trataba de un alemán. Aquellos tres personajes eran los únicos clientes de la oscura e inhóspita tenducha.

Ninguno de ellos prestó demasiada atención al recién llegado. Sólo una furtiva e indolente mirada al verle entrar, para sumirse seguidamente en sus interesantes ocupaciones. Como al agente especial tampoco le preocupaba gran cosa los desconocidos, se volvió frente al chino para pedirle algo de beber; mas no tuvo necesidad de hacerlo, pues ya el diligente camarero había puesto ante él un vaso rebosante de fresca naranjada.

—No tenel *whisky*, señol. Estal plohíbido, pol los indios —aclaró el chino, sin que Daney le hubiese hecho pregunta alguna al respecto.

Daney cogió el vaso y se sentó a una mesa. Pensó que aquellos hombres serían comerciantes de paso por la población.

Habrían ido a Idahe a ofrecer sus mercancías a los indios para retornar seguidamente a Sacramento, o tal vez a San Francisco.

Hallábase sumido en tales reflexiones, cuando se abrió la puerta dando paso a un obeso individuo cargado con unas alforjas repletas hasta reventar que su dueño dejó en el suelo con manifiesto descanso. Tratábase de un indio de unos sesenta años, de aspecto pacífico y bonachón, cubierta la cabeza con un ancho sombrero de paja multicolor y el cuerpo por una larga y adornada chaqueta de piel de alce.

El indio, tras dejar las alforjas en el suelo, sacó un enorme pañuelo del bolsillo y se secó el sudor que resbalaba abundantemente por su cuello, su frente y su ancha y morena cara. Luego, de un trago, se bebió el vaso de naranjada que el chino puso ante él sobre el mostrador. Chascó la lengua satisfecho y se volvió a mirar a los clientes, sin gran curiosidad, con gesto indolente.

Daney, que le observaba divertido de su extraña facha, pudo ver cómo sus ojillos, ligeramente oblicuos, se abrían con asombro y su semblante se oscurecía repentinamente. También oyó cómo el pacífico piel roja emitía un gruñido, seguido de varias imprecaciones de furor, dirigiéndose resueltamente y blandiendo los puños amenazador, al rincón donde el alemán de cabeza cuadrada y el negro departían en voz baja, ajenos a su presencia en el establecimiento.

El negro, una especie de gorila con sombrero flexible, fue el primero en ver acercarse a ellos al enfurecido indio, y llamó la atención de su compañero dándole con el codo en el costado. Apenas si tuvo tiempo de volverse el alemán antes de que llegara junto a él el gordo modoc, que comenzó a apostrofarle.

—Un ladrón, usted ser un ladrón, señor...

Sus puños pasaban una y otra vez por delante de la nariz del gigantesco alemán, a quien parecía divertir la ira del obeso piel roja.

—Usted ser un ladrón, señor Stein.

El señor Stein, cansado de ver pasar el puño del indígena por delante de su roja nariz, de un manotazo separó de su lado al gordo indio, y se dejó caer en el asiento, dándole la espalda, despectivo.

—Vete de aquí si no quieres que te rompa el cráneo. Yo no soy un ladrón ni me llamo Stein.

Aquello hubiera bastado para que otro que no fuese el testarudo indio se hubiera alejado de allí; pero las espaldas del alemán sólo sirvieron para enfurecer más al gordo personaje que insistió:

—Usted ser señor Stein. Usted haber engañado a modoc. Modoc haber hecho un seguro con usted y usted engañarlos.

Tim Daney prestó más atención a las palabras del indio.

—Casas de modoc quemarse y nadie pagarlas. Tierras de Ojo de Halcón ser inundadas por agua río y perder cosechas y animales. Ojo de Halcón conocerte nada más entrar. Ojo de Halcón querer...

El obeso Ojo de Halcón no continuó. A una seña del alemán, el negro habíase puesto en pie y agarró bruscamente con sus manazas al indio por los hombros.

—Largo de aquí. Estás borracho —barbotó.

De un empujón le lanzó a unas yardas de junto a la mesa del alemán, haciéndole caer al suelo rodando como una pelota. Mas el indio era obstinado y valiente. Con celeridad increíble se levantó del suelo, y sus puños cayeron como dos proyectiles sobre el amplio pecho del negro. Entonces se entabló una lucha feroz entre ellos. El negro, mucho más joven y corpulento que su contrario, parecía llevar la mejor parte, aunque Ojo de Halcón contrarrestaba su inferioridad física, con una agilidad asombrosa para su edad. El alemán se unió al negro.

Los puñetazos llovían sobre Ojo de Halcón. El negro y el alemán le golpearon implacables hasta que el agente especial del F. B. I.

consideró oportuno intervenir en la contienda.

—Bueno, ya está bien —dijo, cogiendo al alemán por un brazo.

—¿Qué ya está bien? —repitió Stein, revolviéndose furioso—. ¿Y a ti quién te ha llamado aquí? Vamos, déjame que dé su merecido a ese cerdo de indio.

El amarillo propietario del establecimiento chillaba como un condenado, mientras el inglés seguía sorbiendo flemáticamente de la larga paja sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor.

—Ese cerdo de indio, como tú dices, es un ciudadano americano y no consentiré que sigáis golpeándole.

Con gesto despectivo, el alemán miró a Daney de pies a cabeza e intentó quitarle de en medio de un brusco empujón. Tim Daney no se movió una pulgada de donde estaba. Quería evitar la pelea, pero parecía que no iba a poder rehuirla. Antes de que decidiera lo que debía hacer, el corpulento alemán, le lanzó un puñetazo que pudo esquivar mediante una rápida finta con la cabeza. Las hostilidades estaban rotas; no le quedaba más remedio que contraatacar. Sin embargo, Stein no era enemigo fácil de vencer; fuerte como un roble, sonreía burlonamente tras de encajar, sin pestañear, tres soberbios directos que Daney le colocó en la mandíbula.

Mientras el agente especial luchaba con su enemigo. Ojo de Halcón trataba de defenderse de las acometidas del negro, a quien

la ayuda del alemán le había servido para rehacerse. El piel roja yacía en el suelo, debatiéndose inútilmente debajo de su contrincante.

A los gritos del chino, rostros curiosos asomaron a la puerta, siguiendo las incidencias de la lucha.

El alemán poseía una fuerza atroz y una resistencia excepcional. Echado con todo su peso encima de Daney, apenas si le dejaba moverse. El agente especial hizo un esfuerzo supremo, y, por un instante, los curiosos que se agolpaban a la puerta del establecimiento vieron al corpulento Stein pernear en el aire y luego salir despedido, con la violencia de un proyectil, para ir a chocar con la mesa del inglés. Éste iba a protestar, indignado, cuando vio que el caído alemán empuñaba una pistola.

—Cu..., cui... dado —tartamudeó, dejando caer la paja de la boca.

Tim Daney había visto la maniobra del alemán y se tiró inopinadamente al suelo, al tiempo que el ruido de un disparo rasgaba el espacio.

El propietario del establecimiento cesó de gritar para esconderse, acobardado, detrás del mostrador, y los curiosos desaparecieron, como por encanto, de la puerta.

Stein se incorporó sonriente. Creyó que todo había terminado. Estaba seguro de no haber fallado el disparo; pero la sonrisa desapareció enseguida de sus labios: Tim Daney le apuntaba a su vez con otra pistola. Cometió la torpeza de intentar disparar de nuevo y el dedo no llegó a apretar el gatillo. Más rápido que él, el agente especial hizo funcionar su pistola y el arma se le escapó de la mano, tras lanzar un alarido de dolor.

—Tú lo has querido —dijo Daney, levantándose del suelo—. Y ahora procura estarte quieto, si no quieres que te agujeree la cabeza. Vamos, ven también tú para acá.

Se dirigía al negro, quien, al verse encañonado, soltó rápidamente al magullado Ojo de Halcón, y obedeció presuroso, dejándose caer junto a su amigo, mirando con visible terror a la pistola del agente especial.

Tim Daney, de espaldas a la puerta, no se dio cuenta de la aparición en escena de un nuevo personaje. Un hombre alto, canoso y cargado de espaldas que entró en el establecimiento con dos

fornidos mozarrones armados de sendas pistolas.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el recién llegado, autoritario.

—Nada —replicó el agente especial—. Ese hombre, que ha intentado matarme por defender a un pobre indio, al que estaban maltratando, y he tenido que darle una pequeña lección.

—El indio que me ha insultado. ¡Está borracho! Me ha llamado ladrón, míster Jenkis. Quise castigarle, y ese hombre ha salido en su defensa. El disparó primero contra mí.

Míster Jenkis movió la cabeza, dubitativo, y luego miró fijamente al hombre del

F. B. I.

Su mirada no tenía nada de amistosa.

—Soy el delegado de Gobierno en esta localidad —se presentó, adelantando un paso hacia el agente especial— y míster Stein merece todo mi confianza. Hacía años que no ocurría nada por el estilo por aquí. Si el indio insultó a míster Stein, hizo bien en castigarle. Tenemos prohibido a los atabascas que ingieran bebidas alcohólicas. Un indio borrado es siempre un peligro para los blancos. ¿Dónde está ese hombre?

Ojo de Halcón avanzó tembloroso, castañeteando los dientes. Conocía bien la justicia de míster Jenkis. Sabía de sus métodos brutales para reprimir cualquier intento de sedición por parte de los indios. Estaba seguro de que le juzgarían como un rebelde.

—¡Ah! ¿Conque eres tú? ¡Un modoc! —exclamó el delegado del Gobierno, con desprecio—. Una tribu rebelde a la que hay que tener siempre sujeta para que no se desmande. Estás borrado, bien se ve. Míster Stein lleva razón...

—No, señor; modoc no haber bebido una gota de *whisky* —protestó, tartamudeando.

—Ese hombre no está borracho —intervino Daney—. Es cierto que ha llamado ladrón al alemán, y quizá tenga sus razones para hacerlo. Exijo que se abra una investigación para averiguar lo que haya de verdad en ello.

Míster Jenkis se revolvió furioso. No estaba acostumbrado a recibir órdenes de nadie.

—¿Conque exige que se abra una investigación? ¿Quién es usted para exigir nada?

Tim Daney iba a replicar que era un miembro del

F. B. I.

cuando cambió de idea.

—Soy un ciudadano americano —replicó, encogiéndose de hombros.

—¿Un ciudadano americano? Eso no quiere decir nada.

—Bueno, si no le parece bastante le diré que me llamo Tim Daney y que mi profesión es la de representante de una casa de artículos de bisutería. Pensaba deslumbrar a los indios con mis collares y mis pulseras y...

—Y ha querido deslumbrar también, a los blancos demostrando su excelente puntería, ¿no es eso? —le interrumpió, iracundo, el delegado del Gobierno.

—El disparó primero, ya lo he dicho antes.

Jenkins frunció el ceño y ordenó a sus acompañantes:

—Desármenle. Ya aclararemos quién disparó primero, si hace falta. Y usted míster Stein, vaya a que le curen la herida.

Mientras esto ocurría, el inglés habíase arrimado al mostrador, fumando tranquilamente en su larga pipa, con la vista puesta en el techo. Habría podido intervenir y aclarar lo sucedido; pero no tenía ningún interés en hacerlo. Sólo le importaba que le dejaran tranquilo.

Jenkins, tras ordenar a sus ayudantes que condujeran delante de ellos a Tim Daney y a Ojo de Halcón, abandonó el establecimiento, tan satisfecho.

El digno representante del Gobierno en Idahe sustentaba unas ideas muy particulares acerca del modo de ejercer la justicia.

CAPÍTULO II

El calabozo era estrecho, infecto y húmedo. Cuatro paredes recubiertas de un barro duro parecido al cemento, y en una de ellas un ventanuco, cerrado por gruesos barrotes de hierro, colocados en cruz.

A Tim Daney le hubiera bastado identificarse para salir inmediatamente de allí; pero persistía en su idea de continuar en el anónimo. Durante los tres días que llevaba encerrado en la prisión tuvo tiempo de pensar detenidamente en lo ocurrido, y había llegado a muy interesantes conclusiones. Entre otras cosas, tenía la certidumbre de que el alemán de cabeza cuadrada era uno de los hombres que iba buscando, y de que había otros que actuaban en la sombra.

Ojo de Halcón, hallábase sumido en la más absoluta desesperación: míster Jenkis le había amenazado con enviarle a la horca, y estaba seguro de que cumpliría su palabra. Para Jenkis, la vida de un indio no significaba nada, si haciéndole ahorcar servía de ejemplo a los demás. Para él, un indio era poco más que una bestia.

Aquella mañana estuvo en el calabozo, haciéndoles saber que serían juzgados al día siguiente. Ojo de Halcón no volvió a pronunciar palabra desde que salió de allí, fijos los ojos en la puerta, rumiando sus pensamientos en fatalista silencio.

—Tenemos que escaparnos, —dijo de pronto, el agente especial, levantándose del duro lecho de tablas y poniéndose a pasear a largas zancadas por la reducida habitación.

Ojo de Halcón separó los ojos de la puerta y negó con la cabeza repetidamente.

—¿Escapar? No, no poder escapar de aquí. Haber hombres

armados detrás de la puerta.

—Bien, ya lo sé. Pero por intentarlo no vamos a perder nada. No querrás, que te ahorquen sin hacer algo por evitarlo.

El indio se encogió de hombros. Luego se encaminó a la puerta y la golpeó con el puño cerrado.

—Puerta resistir embestida tres búfalos. ¿Por dónde escapar? —preguntó, consternado.

—Sin duda alguna, por aquí —replicó Daney—. Déjame pensar. Creo que conseguiré descubrir algún medio...

Daney volvió a sentarse, y Ojo de Halcón se dejó caer al suelo, abstrayéndose de nuevo en sus meditaciones.

Fuera oíanse las voces y las risas de los guardianes.

La noche empezó a caer sobre la tierra, introduciéndose poco a poco por el ventanuco. La hora en que debían llevarles la comida.

A Tim Daney no le preocupaba gran cosa lo que pudiera ocurrirle a él. En último extremo haría valer su condición de agente del

F. B. I.,

pero dudaba que ello le sirviera para salvar al piel roja.

Si querían huir tenían que intentarlo entonces, cuando los guardianes les llevaron la comida. Generalmente, se la llevaban dos hombres. Uno, que entraba en el calabozo, y otro que se quedaba en la puerta, preparado para disparar su rifle contra los prisioneros a la menor alarma.

—Escucha, Ojo de Halcón: vamos a tratar de escaparnos cuando vengan a traernos la comida. Si no lo conseguimos, tu situación no va a empeorar por eso, aunque la mía no creo que mejore. Míster Jenkis parece dispuesto a colgarte, de todos modos. Así que procura estar atento y ayudarme. Verás: haremos lo siguiente...

Disponíase a explicarle sus proyectos, cuando se oyeron los pasos de los guardianes, acercándose hacia allí. Venían charlando animadamente.

—Bueno; mejor será que no te explique nada —abrevió Daney, al darse cuenta de que no dispondría de tiempo para ello—. Ponte en pie y colócate detrás de mí. Si consigo salir de aquí, hazlo tú también.

Ojo de Halcón se levantó ágilmente del suelo e hizo lo que mandaba el agente especial.

Los guardianes habíanse detenido ante la puerta, y los prisioneros oyeron el rechinar de los cerrojos. La puerta se fue abriendo lentamente. Daney esperaba, con los músculos en tensión, al otro lado. Un hombre entró en el calabozo con una marmita humeante en la mano.

—Aquí tenéis vuestra comida. La última para ti, viejo aguilucho —ironizó, dirigiéndose al indígena—. Mañana ya no necesitarás comer nada más, cuando te colguemos por el cuello...

Mientras hablaba, dejó la marmita en el suelo. Tim Daney se agachó a recogerla.

—Vamos, Philip; date prisa —gruñó el hombre que esperaba en la puerta—. Tenemos que terminar la partida.

El guardián que entró en el calabozo se disponía a salir de allí, cuando notó que algo se enredaba entre sus piernas. Daney le había puesto la zancadilla. Intentó cogerse a algo para no caer, y no encontró nada más cerca que el cañón del rifle de su compañero.

—¡Idiota: quítate de...!

Iba a decirle que se quitara de en medio, pero no pudo terminar la frase; el prisionero blanco acababa de lanzarle a la cara el contenido de la marmita. Un grito de dolor y de rabia escapó de sus labios.

Algo cayó encima de Philip también. Dio un salto y un respingo, encontrándose, de pronto, encañonado por el rifle al que segundos antes se cogió para no caer al suelo. El otro guardián no había ofrecido resistencia a Tim Daney cuando le quitó el arma de las manos, y gritaba como un desesperado, por el dolor de las quemaduras.

—Entrad ahí; de prisa —les ordenó el agente especial, empujándoles dentro del calabozo.

Ellos no se hicieron repetir la orden, y la puerta se cerró a sus espaldas, de golpe.

Daney, con el rifle en la mano, y el indio siguiéndole los pasos, se alejó de aquel lugar. Ignoraba cuántos hombres custodiaban el edificio destinado a prisión. Los gritos de los guardianes que había dejado en el calabozo iban en aumento.

Ambos marchaban por un largo corredor sumido en la penumbra, atentos al menor ruido.

Al agente especial le extrañó que no acudiesen al ver lo que

pasaba. Por eso aumentó las precauciones, conforme iban llegando a la puerta. Se disponían a transponer el umbral, cuando oyeron ruidos de pasos acercándose.

—Cuidado, Ojo de Halcón —advirtió Daney a su compañero, pegándose a la pared.

Tres hombres aparecieron en la puerta. Permanecieron dudosos un instante, sin decidirse a entrar. Entre ellos, Ojo de Halcón y el agente especial reconocieron al alemán de la cabeza cuadrada. Empuñaba una pistola, al igual que sus compañeros.

—Es por aquí —dijo el alemán.

Los gritos de los prisioneros atronaban el espacio. Daney y Ojo de Halcón se arrimaron aún más a la pared, conteniendo la respiración. En aquel momento, los tres hombres pasaban por su lado. Stein, delante, gruñendo entre dientes. Alejábanse ya camino del calabozo, cuando el que iba detrás se volvió y escrutó la oscuridad. Acababa de ver a Ojo de Halcón arrimado a la pared, y reconoció en él al prisionero indio.

—¡Eh, muchachos, esperad! —gritó a sus compañeros.

Pero no se había dado cuenta de la presencia de Tim Daney, a su espalda. Se dirigía hacia el asustado indígena con la pistola en la mano, cuando sintió que le cogían de la muñeca y le retorcían el brazo.

—¡Stein, Stein! —chilló, tratando de desasirse de las manos que le atenazaban.

Un golpe seco, brutal, debajo de la barbilla, le enmudeció, y la pistola rodó por el suelo. Retrocedió tambaleándose hasta chocar con la pared, y luego se fue escurriendo poco a poco hasta quedar tendido sobre el pavimento.

Mas la alarma estaba dada. Stein y su compañero volvían sobre sus pasos. Las detonaciones de los disparos rasgaron el aire, y unas líneas rojas, de fuego, cruzaron el largo pasillo con trágico silbido.

—Vete fuera. Ojo de Halcón; de prisa —ordenó Daney al indio, guardándole la retirada, al tiempo que disparaba el rifle al aire.

El piel roja salió de estampida por la abierta puerta, mientras las balas silbaban a su alrededor. Tim Daney retrocedió paso a paso, arrimado a la pared. Stein y su compañero no se atrevían a avanzar, y sólo de cuando en cuando disparaban sus armas al azar, pues el agente no volvió a disparar su rifle, para que no le localizaran. El

barullo que armaban los prisioneros del calabozo era infernal.

Daney pensó que aquel escándalo y el ruido de los disparos atraerían nuevos contendientes, y decidió salir a la calle. Como si Stein y su compañero hubiesen adivinado sus intenciones, dispararon sin descanso contra la puerta. El atreverse a salir en aquellas condiciones sería un suicidio. Daney apuntó hacia ellos e hizo dos disparos seguidos con su rifle. Las balas de las pistolas del alemán y sus compañeros fueron a estrellarse contra la pared, mientras el agente especial salía corriendo a la calle...

—Por aquí, míster Daney; por aquí...

Era Ojo de Halcón quien llamaba. Hallábase unas yardas más allá de la prisión y sostenía entre las manos las riendas de dos caballos. Para ganar tiempo había subido a uno de ellos.

—De prisa, míster Daney; de prisa —acució, angustiado.

Stein asomó la cabeza por la puerta de la prisión en el momento en que Tim Daney saltaba sobre el caballo sin detenerse.

Stein y sus compañeros pudieron ver cómo Tim Daney y Ojo de Halcón se les escapaban de las manos montados en sus propios caballos. El primer impulso del alemán fue el de seguirles; pero se hallaban ya demasiado lejos, y había visto el rifle en la mano del agente especial. Juiciosamente decidió demorar la persecución del indio y el blanco, e ir a dar cuenta de lo sucedido a míster Jenkis.

Los modocs pertenecer a raza atabasca. Hombres blancos asesinar muchos modocs hace muchas lunas; pero modocs no odian blancos. Hacha de guerra ser enterrada para siempre. Blancos enseñar modocs haber un solo Dios, y modocs amar blancos como hermanos^[1].

Idahe había quedado atrás hacía ya horas. La luna, una luna blanca de plata, alumbraba el camino de los fugitivos, que marchaban sobre sus cabalgaduras, sin prisa y sin temor.

Ojo de Halcón conducía a Daney hacia su pueblo, y, orgulloso, le hablaba de sus costumbres y de sus aspiraciones. Habían sabido sacudir su pereza de siglos y quitarse de encima la carga inútil de sus atavismos.

—Modocs ser hombres libres, ciudadanos americanos —exclamó, altivo—. Modocs tener máquinas de segar y tractores. Modocs cultivar sus tierras y criar sus ganados. En sus campos crecer trigo gordo, como puños y...

—¿Falta mucho para que lleguemos a tu pueblo?

—Cuando el sol vuelva a asomarse tras las montañas, divisaremos Timare. Está allí. —De pronto como obsesionado por una idea fija murmuró, sombrío—: El alemán ser un ladrón redomado. Ojo de Halcón no mentir nunca. Míster Stein cobrar seguros, y luego no pagar.

Tim Daney, que parecía ir amodorrado, prestó ahora atención a las palabras del indio.

—¿Qué es eso de seguros? ¿Es que vosotros, los modocs, también entráis en tratos con las compañías aseguradoras?

Un nuevo bostezo y un taconazo en los ijares de su caballo, que, cogido de sorpresa, emprendió un trote largo, tras relinchar ruidosamente, molesto por aquel trato tan brusco.

Ojo de Halcón espoleó también a su cabalgadura, hasta alcanzar a Daney. Parecía ofendido por la pregunta del agente especial.

—Modocs ser hombres civilizados —refunfuñó—. Stein ofrecerles asegurar cosechas, casas y maquinaria, y ellos pagar buenos dólares por ello.

Los caballos volvían a cabalgar despacio, y sus pasos dejábanse oír, acompasados e iguales en la noche serena. Sin darle importancia a la pregunta, Tim Daney inquirió:

—Y ese Stein, ¿trabaja solo?

Ojo de Halcón meneó la cabeza, negando.

—No; ir siempre con negro y otro blanco: míster Pleyer.

—Y ese... míster Pleyer, ¿dónde suele parar?

Encogimiento de hombros por parte de Ojo de Halcón, y nuevo movimiento de cabeza negando.

—Ser difícil ver míster Pleyer. Ojo de Halcón sólo verle cuando firmó papel. Míster Pleyer guardarse dólares modocs.

—¡Ah! Entonces, ese Pleyer es el cajero o el director de la empresa. No está mal —comentó Daney, enigmático.

Ojo de Halcón no entendía de cajeros ni de directores. Sólo sabía que el desconocido míster Pleyer fue quien se guardó su dinero, y bastaba.

—¿Le..., le reconocerías si volvieses a verle? —aventuró el agente especial.

—Cara ver Ojo de Halcón jamás olvidar.

—Bien; esperemos que algún día...

Daney se mordió los labios. Iba a hablar demasiado. Guardaron silencio. Los pasos de los caballos resonaban en la noche en calma. El cielo volcábase en cataratas de estrellas sobre la tierra. De pronto, Ojo de Halcón detuvo su cabalgadura.

—Espera, blanco...

Había ansiedad y angustia en aquellas palabras. Daney tiró de las riendas de su caballo, y los pasos de los animales dejaron de resonar en el silencio de la noche.

De pronto pareció como si algo se hubiese roto bruscamente. Como si el mecanismo que producía aquel ruido continuo y monorrítmico se hubiera parado de repente, como si el silencio que rodeaba a los jinetes se hubiera hecho más denso y más completo.

Daney miró al indio, interrogante. Fue a preguntarle el porqué de aquella parada; pero Ojo de Halcón le detuvo con un gesto de la mano. El indio que sobre los mil y mil ruidos que pueblan las noches cuan un coro invisible y misterioso de invisibles y misteriosos seres irreales, se alzaba otro rumor, otro ruido indefinible y alarmante.

Escuchó con más atención. El fino oído de Ojo de Halcón lo había percibido entre el pisar de los cascos de los caballos en el suelo. Le pareció oír mucho antes, pero no quiso alarmar a Daney. Mas cabalgó presuroso y se tendió en el suelo, pegando la oreja a él como hacían sus antepasados para cerciorarse de si alguien les seguía o se encaminaba en dirección a ellos.

Tan bruscamente como descabalgara, y a pesar de su gordura. Ojo de Halcón volvió a subirse al caballo. Habíase puesto intensamente pálido, y un temblor nervioso agitaba su prominente labio inferior.

—Venir seis u ocho jinetes para acá. Míster Jenkis y sus hombres perseguir a Ojo de Halcón. Míster Jenkis no descansar hasta colgar pobre modoc de un árbol. Nos alcanzarán —gimió.

—¿Darnos alcance en el camino? —murmuró Daney, hablando consigo mismo.

Por él, no le importaba encontrarse de nuevo con míster Jenkis. Estaba seguro de que procuraría no enfrentarse con un hombre del F. B. I.;

pero Ojo de Halcón era otra cosa. No podría evitar que se lo llevaran a Idahe y le juzgasen. Todavía hay blancos para los que las

diferencias de raza y de color constituyen algo así como un estigma imborrable en aquéllos cuya piel tiene una coloración distinta a la suya. Y uno de esos hombres debía ser míster Jenkins, el delegado del Gobierno en las reservas indias.

Ojo de Halcón ya había picado espuelas a su cabalgadura, y corría velozmente, procurando poner la distancia por medio entre él y sus perseguidores. Tim Daney, mejor jinete que él y montado sobre un caballo más veloz que el suyo, no tardó en darle alcance.

—¿Adónde vas? —le preguntó, al llegar a su altura.

—Vamos a Timare. Allí, en mi casa...

—Allí, en tu casa, te cazarían como a un conejo. No podemos ir a Timare ni a ningún otro sitio donde puedan vernos. Todos temerán ocultarte, por miedo al delegado del Gobierno. Eres un fugitivo de la Justicia.

Ojo de Halcón volvió a detener su cabalgadura. Sus ojos, espantados, buscaron los de su compañero. Su joven amigo no tenía miedo como él, porque era blanco. Ahora comprendía la inmensidad del peligro en que se hallaba. Llevaba razón Daney: no podían ir a Timare. Precisamente allí era adonde iban sus perseguidores.

—¿Adónde podemos ir? ¿Dónde podremos refugiarnos? —preguntó Daney, impaciente.

Pero el piel roja no pareció oírle. Seguía con la mirada clavada del lugar por donde deberían surgir sus perseguidores.

Ya se recortaban confusamente las figuras de sus perseguidores en la lejanía. La luna les prestaba su luz para guiarles en el camino.

—¡Maldito indio! —bramó el agente especial, furioso—. ¿Es que pretendes que nos asen aquí? Si no vienes tú, yo me voy. Eres dueño de hacer lo que quieras de tu pellejo.

Disponíase a alejarse del lado del aturdido modoc, cuando éste pareció salir de su ensimismamiento.

—Espera, blanco; espera. Iremos allí, a la montaña.

Señalaba a los gigantes de piedra que se recortaban a su derecha, entre la bruma de sombras de la noche. La luna hacía les guiños, escondiéndose a intervalos tras los frágiles veleros de las nubes solitarias.

Pero ya era demasiado tarde para huir. Jenkins y sus hombres les habían visto también a ellos. Sus rifles comenzaron a trazar rayas

de fuego en el aire...

El miedo que antes le detuviera en medio del camino era el que hacía ahora a Ojo de Halcón golpear brutalmente a su cabalgadura.

El caballo pareció entenderle. De torpe y pesado se convirtió en ágil y ligero. Corría hacia las montañas, seguido de cerca por Tim Daney y, yardas más atrás, por Jenkins y sus hombres.

Una nube más grande que las anteriores veló totalmente la luna. Se hizo más noche de pronto. Ojo de Halcón frenó la marcha de su cabalgadura.

Los primeros chaparros surgieron ante Daney y Ojo de Halcón. Matas bajas de encina. Ramas enhiestas como dedos que quisieran impedirles avanzar. Descabalaron, y corrieron a internarse en la espesura de chaparros y retamas.

En aquel momento, la luna se despojó de sus velos de nubes. Jenkins y sus hombres les vieron correr, y volvieron a disparar sus armas. Ellos, también, descabalaron. Pero la persecución entre aquel bosque bajo, de ramas entrelazadas y punzantes, era inútil. Terminaron por perderse, sin conseguir alcanzar a los fugitivos.

Jenkins llamó a Stein, que se les había adelantado:

—Stein: espera. Vuelve aquí.

El alemán de cabeza cuadrada y otro hombre patizambo y corcovado, que parecía querer competir con aquél en velocidad, retrocedieron al oír a Jenkins llamarles.

—Espera, Stein, espera. No es menester que nos exponamos a que nos agujereen a alguno la cabeza. Esos hombres no llegarán muy lejos. ¿No habéis visto de dónde viene el viento?

Stein se encogió de hombros. ¿Qué tenía que ver de dónde viniera el viento con los fugitivos?

Mister Jenkins, sonriente, sacó un encendedor de bolsillo. Hizo girar la rueda, saltó la chispa y se prendió la mecha.

—Quita de ahí, Pleyer.

Empujó al corcovado y patizambo personaje, sin ningún miramiento. Los cinco hombres que acompañaban al delegado del Gobierno seguían sus movimientos con expectante curiosidad. Vieron cómo la llama del encendedor se curvaba hacia el chaparral; pero ninguno de ellos adivinó adónde quería ir a parar Jenkins.

—De allí, viene de allí el viento —afirmó Stein, señalando al Oeste.

Fue entonces cuando comprendió los propósitos de míster Jenkins, y el primero, también, en coger un haz de ramas secas en sus manos. Reía, coreando la risa de Jenkins.

—Déjame el encendedor, Jenkins.

Se lo dejó, y Stein prendió, con él, el haz de ramas secas. Los demás hombres se precipitaron a hacer otro tanto. Cada uno tuvo, bien pronto, una antorcha en sus manos. Se separaron, siguiendo la linde del chaparral; pero ninguno se internó en él; ninguno atravesó la frontera de ramaje que fingían las bajas y frondosas encinas.

Esperaron la señal de Jenkins para lanzar sus antorchas contra las retamas. Al principio parecieron apagarse, un instante tan sólo, y luego, al soplo del viento del Oeste, surgieron seis llamaradas entre la espesura, seis minúsculas hogueras, distanciadas varias yardas unas de otras.

Jenkins y sus hombres montaron de nuevo a caballo, separándose unas yardas del chaparral.

—El viento del Oeste —comentó Stein, jubiloso.

Jenkins, las cejas fruncidas y un cigarro entre los labios, no contestó, absorto en la contemplación del espectáculo que se ofrecía ante su vista.

El chaparral iba vistiéndose de rojo. El fuego ganaba en intensidad. Lo que antes eran sólo seis minúsculas hogueras, ahora alcanzaban proporciones grandiosas, deslizándose voraces, en loca carrera destructiva, para alcanzarse unas a otras.

Las ramas, que antes semejaban dedos innumerables que quisieran evitar la fuga de Tim Daney y Ojo de Halcón, eran pasto del fuego. Desgajábanse, quebrándose, se deshacían ante el avance arrollador de las llamas, lanzando al espacio la queja inútil, y desesperada de su chisporroteo.

Pronto, todo el chaparral ardería. Una línea roja en avance inexorable empujada por el viento del Oeste, como si quisiera escalar la montaña a la que Tim Daney, el agente especial del F. B. I.,

y Ojo de Halcón, el indio modoc, pretendían llegar en su huida.

Y el fuego corre más que el hombre. Sus rojos pies tienen la agilidad del viento, la celeridad del gamo. Corre, corre y destruye cuanto encuentra a su paso: las encinas, las retamas, los espinos y, también, los hombres...

Ojo de Halcón y el agente especial del

F. B. I.

estaban allí, delante de aquella roja cinta de fuego...

Míster Jenkins encendió el cigarrillo que mantenía entre los labios. Tiró de las riendas de su caballo para hacerle volverse, y ordenó a sus hombres:

—Vámonos. Ya nada tenemos que hacer aquí. Justicia cumplida.

El galopar de las cabalgaduras se perdió en la distancia, mientras el viento del Oeste seguía empujando el fuego hacia adelante, en dirección a las montañas...

CAPÍTULO III

Y una de las balas atravesó la alta copa del ancho sombrero de Ojo de Halcón, y éste aceleró el paso cuando pudo y le permitían las ramas y las raíces que surgían del suelo cual inmóviles reptiles.

—Corra, míster Daney, corra —acuciaba, saltando con sus cortas piernas, bamboleándose en el aire, escondiéndose tras las bajas encinas.

Daney corría, naturalmente, para no ofrecer blanco a los hombres que disparaban contra ellos desde la linde del chaparral. Quedábase detrás del indio, preparado el rifle y atentó el oído, por si alguno de sus perseguidores se ponía a tiro.

Sin embargo, no fueron perseguidos mucho tiempo por los disparos. Bruscamente cesaron de oír el golpeteo de las balas contra la tierra, los arbustos y las retamas. Se hizo el silencio a su alrededor. Sólo se escuchaban sus pasos acelerados y sus respiraciones entrecortadas. Daney susurró:

—Han decidido marcharse.

Ojo de Halcón negó con la cabeza. ¿Cambiar de idea míster Jenkins? No; él no cambiaba fácilmente de propósitos.

—Míster Jenkins perseguir a Ojo de Halcón hasta verle colgar árbol —afirmó, llevándose la mano al cuello significativamente.

—Entonces, ¿a qué achacas este silencio? ¿Por qué han dejado de perseguirnos? Yo creo que ha decidido dejarnos tranquilos. Después de todo, no debemos preocuparnos. Vamos, Ojo de Halcón, adelante. Mañana, cuando amanezca ya veremos lo que nos conviene hacer. Por lo pronto, debemos alejarnos lo más posible, por si deciden continuar nuestra persecución —sugirió Tim Daney.

Reanudaron la marcha. Ahora, ya más despacio, sin precipitaciones, sin correr. La luna, introduciéndose entre el espeso

ramaje, pugnaba por alumbrarles el camino.

Continuaba sin oírse un solo ruido a su espalda, ni el más ligero anuncio de peligro.

—¿Ves cómo llevaba yo razón? Eres demasiado pesimista, Ojo de Halcón. Ese míster Jenkins de los demonios ha decidido dejarnos escapar, porque cree que ya tienes suficiente con el susto de tenerte encerrado, amenazándote todos los días con que te iban a colgar.

Pensó que daría cuenta de lo que estaba ocurriendo en Idahe cuando regresase a San Francisco. Adam Jenkins no era el hombre más apropiado para representar al Gobierno de los Estados Unidos en la reserva india...

—¡Mire, míster Daney, mire!

Volvió la cabeza al oír la exclamación del indio. Multitud de animales corrían despavoridos en dirección a la montaña: grandes venados, perdices, gallinas del bosque, alternando con sus gritos el silencio. Pasaron por su lado sin darse cuenta de su presencia allí, cual si una invisible jauría de perros le persiguiera. Un cóndor, negras alas y rojo el largo cuello, levantó el vuelo, graznando aterrorizado, para perderse a poco en la distancia.

Pero no eran ellos, los hombres, los que asustaban a aquellos animales. Apenas si les prestaron atención que antes, al oír sus pasos. Era algo más poderoso que el hombre, algo más terrible que la furia de los humanos: huían del fuego.

Daney y Ojo de Halcón sólo distinguieron un resplandor rojizo en la lejanía, a sus espaldas.

Se pararon a mirar. El resplandor iba en aumento. Elevóse de pronto por encima de los chaparros desde seis puntos diferentes. Seis antorchas gigantescas, sostenidas por la mano poderosa y reseca de la tierra.

—Ha..., haber sido ellos —tartamudeó el indio agrandados los ojos y las fofas carnes, temblorosas—. Míster Jenkins no perdonar. Ojo de Halcón decirlo antes.

Sí; Ojo de Halcón lo había dicho antes. Pero ya era tarde para pensar en los sentimientos del delegado del Gobierno. Ahora lo que urgía era escapar de allí. Correr más que el fuego, empujado por el viento del Oeste. No permitir que las lenguas de las llamas les alcanzaran.

—Vamos. ¿A qué esperas?

¿Que a qué esperaba? A nada; no esperaba a nada. Sabía que las llamas les alcanzarían, por mucho que corrieran. Las veía saltar de chaparro en chaparro, cual ágiles jinetes de fuego persiguiendo la caza. Y la caza eran ellos: aquel joven desconocido, que le defendió en el establecimiento de bebidas de Idahe, y él. El viento las empujaba presuroso, con prisa. Míster Jenkis sabía lo que se hacía; míster Jenkis siempre lograba cuanto se proponía.

—Vamos, Ojo de Halcón.

Se sintió arrastrar. Tim Daney le empujaba, sujetándole con sus poderosos brazos de atleta. Corrieron a la par que los despavoridos habitantes del chaparral, tropezando con las salientes raíces y enredándose con las caídas ramas.

Por encima de ellos, nubes de humo espeso, negro, con olor a leña quemada, poniendo un velo de sombra bajo el rostro blanco de la luna...

Daney tenía que empujar y sostener a Ojo de Halcón para que corriera. Quería entregarse, vencido, a aquel enemigo, aliado de míster Jenkis. Agotado, tropezaba a cada paso.

—Vete tú, blanco; vete tú —le rogó tuteándole.

El agente especial frunció el ceño, y se mordió los labios. No contestó. Sus brazos sostuvieron con mayor firmeza al indio, y le empujaron hacia adelante... El humo les cegaba.

—Vete tú; blanco; vete tú —repetía Ojo de Halcón a cada instantes, con jadeos de asmático.

Pero Daney continuaba sujetándole y empujándolo hacia adelante, como el viento del Oeste empujaba a las llamas.

Ojo de Halcón volvió la cabeza, y detuvo sus pasos.

—¡Mira, blanco, mira...!

Había espanto, pavor irreprimible en su expresión. El monstruo enorme, insaciable del fuego abría sus fauces a pocos pasos, lanzando contra ellos salivazos de chispas. Una rama cayó a sus pies, abatida y crepitante.

Mas aún no les había alcanzado, aún podían correr en dirección a la montaña. Daney zarandeó al indio, dominado por el atávico fatalismo de su raza.

—Escúchame, Ojo de Halcón, escúchame. Puede aún cambiar el viento. Todavía nos quedan fuerzas para continuar unas yardas más.

—Vete tú, blanco.

Daney le cogió por las solapas de su chaquetón, y arrimó el rostro al suyo.

—Tienes que venir también tú. Sólo los cobardes se dan por vencidos ante el peligro. Dios nos ayudará, no lo dudes...

—Sí, blanco tener razón. Si Dios no ayudarnos, ser que no lo merecemos...

Y huyeron otra vez, perseguidos por las llamas, palpitante la esperanza en sus corazones.

La oscuridad hacía más densa, y el círculo de fuego íbase cerrando a su alrededor. El viento empujaba, empujaba las llamas y humo hacia ellos, obstinado y rumoroso.

Corrían silenciosos, los nervios en tensión y el oído alerta. Aquel ruido, uniforme y monótono, iba ganando en intensidad. Les parecía la llamada del gigantesco guardián de sus vidas, como si les dijera: «¡Corred, corred!».

Tuvieron que pasar entre la inmensa hoguera, que pretendía abrazarles con sus largos brazos ardientes. Mordió sus ropas con feroces dentelladas de fuego, y arañó sus rostros y sus manos con las afiladas uñas de las llamas.

No pudieron detenerse. Allí abajo, a unos veinte pies de profundidad, el río Kings, tinto en rojo de fuego y plata de luna, corría rumoroso, tras saltar, en ágil pirueta, por encima de las peñas, que le hacían convertirse en catarata.

Las rojas antorchas de los chaparros asomábanse al precipicio. Una simple mirada, y un salto en el vacío. Semejaron dos ramas ardiendo, desprendidas de los chaparros.

El agua, fría, pronto apagó el fuego de sus ropas...

Pero Ojo de Halcón no sabía nadar. Vio su sombrero flotando en el agua y oyó su llamada de angustia y desesperación.

El agente especial nadó febril, sin descanso. Ojo de Halcón se hundía. Desapareció bajo las aguas, en su inútil forcejeo por mantenerse a flote.

Pero Tim Daney sabía que Ojo de Halcón volvería a salir. Esperó anhelante un segundo, dos, tres, y las manos del indio surgieron a la superficie, agarrotados los dedos, pretendiendo cogerse a un asidero imaginario.

Daney se puso a su espalda de una brazada. La enmarañada cabellera gris del modoc apareció sobre las aguas, y él la cogió con

fuerza, tirando de la cabeza hacia fuera.

Ojo de Halcón no volvió a hundirse. Más de una vez, el agente especial tuvo que hacer aquello en la Academia de Quántico, y más de una vez le arrastraron a él sobre las aguas, tirándole de la cabellera sus compañeros del

F. B. I.,

en las prácticas de salvamento de personas en peligro de ahogarse.

Tenía que nadar con una sola mano. Se dejó arrastrar por la corriente, que parecía querer arrebatarse la presa del indio. Sus dedos, agarrotados por el esfuerzo, seguían cogidos a la cabellera gris del modoc, aunque la muñeca le dolía horriblemente y una extraña laxitud se iba apoderando de su ánimo.

El río se separó del fuego. Dejó de reflejar las rojas lenguas de las llamas, y la luna se enseñoreó del agua.

De pronto, una isla, y el río abriéndose en dos brazos que la rodeaban con bestial abrazo de amante enfurecido.

Aquél era el momento de intentar salvarse. Daney reunió sus escasas fuerzas, y braceó de nuevo con febril ansiedad.

Hacía horas que luchaban juntos contra la muerte, largo tiempo que se debatían desesperados contra un enemigo más poderoso que ellos. Primero, Adam Jenkins y sus hombres; luego..., el fuego, y ahora, el río. ¿Debían dejarse vencer, por último?

Ojo de Halcón ya lo estaba. Si él soltaba la mano que le sujetaba por los cabellos, que mantenía su cabeza a flote, la transición de la vida a la muerte sería rápida, sin que él se diera cuenta.

Pero no, no abrirla la mano, aunque él también muriese. Tenía que salvarse, aunque, quizá, ya fuera demasiado tarde.

Allí, en aquel recodo, la fuerza de la corriente perdía intensidad. El agua se remansaba un instante, para luego precipitarse desbocada, encabritada contra una valla de piedras resbaladizas...

El brazo libre de Daney se movió con mayor naturalidad que antes, y sus piernas quebraron la corriente con poderosos envites. La isla estaba ya más cerca, ya tan cerca que su brazo se enredó entre los juncos de la orilla. Se asió a ellos.

¡Salvados; estaban salvados!

Empujó al indio para arriba. Lo puso en tierra, y saltó a la orilla.

¿Salvados? Sí; él estaba vivo, podía respirar el aire puro y cargado de suaves fragancias, pero ¿y Ojo de Halcón? Rígido, frío,

inmóvil, daba la sensación de estar muerto. ¿Habría sido inútil su esfuerzo por salvarle?

Se agachó a su lado, y escuchó, anhelante, los latidos de su corazón. Un leve palpitir. Un palpitir cansado, como aquel que llega al final de una carrera...

Si aún le palpitaba el corazón, todavía existía una esperanza de salvación, una débil llama que no había que dejar apagarse.

Rápido, sin pararse a más, Daney se despojó de la americana. Colocó al indio horizontalmente, le quitó las mucosidades de la boca y de la garganta y, apretándole el estómago, le obligó a expulsar el agua. Luego le friccionó el pecho y movió sus brazos, haciéndole la respiración artificial.

Los latidos del corazón de Ojo de Halcón hacíanse más rápidos. El color volvía a su rostro poco a poco. Abrió los ojos, y su mirada tropezó con un cielo azul, hermoso, límpido. Hizo un gesto de extrañeza, como si despertara de un largo sueño.

—¡Hola, Ojo de Halcón! ¿Cómo te encuentras?

Hizo memoria. Aquella voz la había oído antes, y el hombre que le sonreía amigablemente le recordaba a alguien conocido. De pronto, los recuerdos acudieron a su imaginación atropelladamente, murmuró, emocionado:

—Gracias, míster Daney. Ojo de Halcón debe vida a usted. Ojo de Halcón...

No prosiguió. Daney estrechó sus manos efusivamente, interrumpiéndole:

—Estás equivocado. Ha sido Él quien nos ha salvado a los dos. Ya te dije que nos ayudaría a salvarnos...

Señalaba al cielo con la mano, y el indio descendiente de los atabascos; el modoc, idólatra un día ya lejano, se dejó caer de rodillas al suelo, y oró fervorosamente, en acción de gracias a Aquel que parecía mirarles desde el éter, enviándoles la sonrisa luminosa de un nuevo amanecer...

CAPÍTULO IV

El modoc sonrió, mientras se abrochaba la camisa, seca ya por los ardientes rayos del sol.

—Cerca; estar muy cerca de Timare. Venir aquí a pescar muchas veces. Ojo de Halcón conocer río Kings como esto...

Señalábase la palma de la mano, y reía, agitando su prominente abdomen. Estaba alegre. El despertar en aquella isla fue como un nuevo retorno a la vida. Ahora se ponía los pantalones, secos también, apretándose el cinturón.

—Y míster Jenkins, ¿acostumbra a ir con frecuencia por Timare?

Semejante pregunta borró la sonrisa de su rostro. No, no acostumbraba a ir con frecuencia el delegado del Gobierno por Timare; pero ¿y si iba? ¿Y si estaba allí cuando ellos llegaran? Tembló, asustado de su propio pensamiento.

—Míster Jenkins ir de tarde en tarde a Timare —replicó, tiritando, a pesar del calor que se dejaba sentir a aquellas horas. Luego gritó—. Míster Jenkins buscar Ojo de Halcón y matarle. Ojo de Halcón no volver a Timare...

La risa de Daney le desconcertó. ¿Por qué reía el blanco? No tenía ninguna gracia el que míster Jenkins le cogiera otra vez y ordenase ahorcarle de un árbol. Meneó la cabeza, dubitativo y sorprendido.

—Míster Jenkins ya no te cuenta entre los vivos, y a mí tampoco. ¿Cómo se va a figurar que hemos podido escapar del fuego? —replicó Daney, aclarándole así el porqué de su risa.

Ojo de Halcón afirmó, ya más tranquilo:

—Blanco decir verdad...

—Sí; pero no tengas mucha confianza en que podamos volver a Timare. Él no te verá; pero te verán otros, y no tardará en enterarse

de que vives aún.

Ojo de Halcón se dejó caer al suelo, anonadado.

—De todos modos, tenemos que ir a Timare. Necesitamos comida, ropas y armas —prosiguió el agente especial, preocupado—. Una vez las tengamos, podremos ir a cualquier lado y esperar a que pase el tiempo, hasta que yo pueda volver a Idahe para averiguar ciertas cosas.

El indio le miró con extrañeza. ¿Recelaba de ir a Timare, y quería ir a Idahe? No le comprendía. En Idahe no tardaría en encontrarse de nuevo con Jenkis y Stein. El no volvería allí por nada del mundo.

Pero los proyectos de Tim Daney no era los de estar inactivo. Estaba seguro de que en Idahe era donde los falsos aseguradores tenían su lugar de reunión, y necesitaba ir, deteniéndoles uno a uno. Allí no se podía operar igual que en Washington, San Francisco o New York. Allí todo era distinto. Las ciudades pueden cerrarse por un cordón de policías, por un muro infranqueable que no pueden saltar los delincuentes, todos los adelantos de la civilización al alcance de la Policía y de la Justicia.

En Idahe era distinto. Ni coches, ni radio, ni nadie a quien pedir ayuda. Sólo él contra aquella banda de forajidos, cuyo número ignoraba.

Ojo de Halcón, sentado en el suelo, mirábale sin pestañear.

—Iremos a Timare —afirmó, repentinamente, el agente especial—. Entraré yo sólo en el poblado, para que no te vean a ti. Tú me indicarás adónde tengo que dirigirme para conseguir lo que necesitamos.

—Anne, la hija de Ojo de Halcón, darte cuanto pidas.

—¡Ah! ¿Conque tienes una hija? No me habías dicho nada de ella —exclamó Daney, extrañado.

El indio sonrió levemente, mientras se levantaba del suelo, perezoso.

—Ojo de Halcón no conocerte antes...

Es proverbial la reserva de los indios. Recelosos y suspicaces, tardan en confiarse a los extraños.

—Ojo de Halcón conocerte ahora ya, y deber vida a blanco.

No hablaron más de aquello. Daney pensó que no le importaba en absoluto si el gordo indio pudiera tener o no una hija, lo que le

preocupaba era el modo de salir de la isla.

Faltaban sólo unas horas para anochecer. Entonces fue cuando a Tim Daney se le ocurrió la idea.

—Los juncos. Ojo de Halcón —dijo, señalándolos.

—¿Los juncos? —repitió el indio, extrañado, encogiéndose de hombros.

El agente especial sonrió irónico. El gordo modoc no se distinguía precisamente por su agudeza.

—¿Serías capaz de hacer una cuerda con ellos?

Abrió mucho los ojos, como tenía por costumbre cuando caía en la cuenta de algo, y se precipitó a arrancar una buena brazada de juncos. Mientras los arrancaba, iba murmurando:

—Claro que la haré, y bien fuerte, si tiene que sujetar a Ojo de Halcón. Claro que la haré.

Se sentó en el suelo y empezó a trenzar los juncos. Daney le dejaba hacer. Aunque él hubiese querido ayudarle, no habría sabido. Los dedos del indio se movían con celeridad asombrosa.

—Ya es bastante.

Ojo de Halcón contempló la larga y resistente cuerda de juncos, semejante a una descomunal e inmóvil serpiente sin cabeza. Luego miró al río y calculó mentalmente la distancia.

—Sí, ser bastante —afirmó.

—Bien; entonces, vamos para allá.

Arrollada la cuerda a la cintura, Tim Daney se lanzó al agua. La corriente pugnaba por llevársele lejos, pero él conseguía vencerla poco a poco. Ojo de Halcón le observaba anhelante desde la isla.

—Un poco más, blanco, un poco más.

Quería alentarle con sus voces, ayudarle con los manotazos que daba al aire, como si él nadase también.

—Un poco más, blanco, un poco más...

De la vida de aquel hombre dependía la suya. Si el agua conseguía vencerle, romper la cuerda de juncos, él moriría en aquella Isla abandonada. Moriría de hambre. Sólo de tarde en tarde acudían allí los indios de la reserva.

Pero Daney no le oía. El agua, encajonada, entre las dos orillas, tenía allí una fuerza atroz. Sólo braceando desesperadamente conseguía adelantar palmo a palmo para, a veces, retroceder de nuevo.

Y al fin, la orilla. Sus dedos se aferraron con fuerza a las matas que crecían en ella y se elevó a pulso. Permaneció unos minutos tendido boca arriba, respirando jadeante. Luego se puso en pie repentinamente. Empezaba a hacerse de noche y Ojo de Halcón tenía que atravesar todavía el río.

—Suelta la cuerda —gritó al indio.

Éste se apresuró a obedecerle. Desató la cuerda del árbol en que estaba sujeta, y se la enrolló él a la cintura, mientras Daney la ataba, por el otro extremo, al grueso tronco de un corpulento abeto.

—Vamos, Ojo de Halcón, date prisa.

Tenía miedo a tirarse al agua, a que los trenzados juncos no resistiesen su peso. Sudaba.

El agente especial insistió:

—Date prisa, se va a hacer de noche.

Miró al cielo, al sol, inquieto por esconderse en su ignota morada tras las montañas, y luego al agua.

Instintivamente, retrocedió unos pasos y sintió el tirón de la cuerda en los riñones. Entonces, volvió a la realidad. Al otro lado, chorreando, el blanco le hacía señas para que se tirase al río. No había más remedio que hacerlo. Cerró los ojos y se dejó caer pesadamente hacia adelante.

Braceó desesperado para no hundirse, tragando agua y más agua. Pero no, no se hundía. Si se estaba quieto y se agarraba a la cuerda de juncos, flotaría. Hizo un esfuerzo de voluntad y se mantuvo inmóvil. Incluso levantó la cabeza. El agua le empujaba tenaz, murmurando gruñona, y Daney tiraba de él, llevándole poco a poco a la orilla. Le vio en pie, alto, musculoso, echado hacia atrás firmes los pies en el suelo, y las manos en la cuerda de juncos.

Sólo dos yardas, una, media, para llegar a la orilla. Sus dedos casi tocaban las verdes y resistentes matas a flor de tierra cuando la cuerda de juncos empezó a quebrarse. Lo vieron los dos, Daney y él. Vieron cómo saltaba primero uno y después otro y otro, cual segados por invisible hoz...

Un grito espantoso se unió al sonsonete machacón del río. El agua tiró con más fuerza de las piernas de Ojo de Halcón, y sus brazos se tendieron con movimiento instintivo, hacia la orilla.

Gritó pidiendo ayuda. La cuerda de juncos terminó de romperse de un brusco tirón.

Pero el agente especial del

F. B. I.,

se había dado cuenta a tiempo de lo que ocurría. Rápido, con la celeridad del rayo, se dejó caer al suelo, y los brazos que se tendían implorantes sobre el agua en desesperada súplica o vano intento de alcanzar la orilla encontraron el asidero de sus manos.

—Cógete fuerte. Ojo de Halcón; cógete fuerte.

No era menester que se lo advirtiera. El miedo a morir le hacía cogerse a las manos de Daney con desesperación.

El agente especial consiguió cogerse a la maleza de la ribera con una mano, y Ojo de Halcón no retrocedió más. Luego tiró hacia sí del indio con la otra mano.

Congestionado por el esfuerzo, jadeante, Ojo de Halcón, trepó a la orilla resoplando y chorreando agua. Miró al río, y luego a Daney. Después, de pronto, prorrumpió en una risa histérica, moviendo el voluminoso abdomen arriba y abajo, señalando a las aguas, que empezaban a desaparecer bajo un manto de sombras.

Más tarde, tan bruscamente como comenzara a reír, se puso serio. Pasándose la mano por la frente, el miedo reflejado aún en sus ojos y el habla tartajante, llegó junto a su joven amigo:

—Ojo de Halcón no..., no saber cómo... pagar...

Daney no le dejó terminar que le expresara su reconocimiento por haberle salvado, la vida una vez más.

—Vamos, Ojo de Halcón, tenemos que llegar pronto a Timare.

—Yo..., yo... —insistió el indio.

Pero ya Daney había echado a andar de prisa y al gordo modoc no le quedó más remedio que seguirle trotando. Al agente especial le urgía llegar a la reserva india.

—Por aquí, míster Daney, por aquí...

Se adelantó para guiarle. Se perfilaba una noche oscura, sin luna, incluso en aquel páramo desolado y triste, en el que se cimbreaban, distanciadas unas de otras, las esbeltas palmeras surgiendo del suelo entre piedras y espinos. Junto a ellas, en inverosímil mezclanza, céreos gigantes, cactus descomunales semejando enormes cirios apagados.

De pronto, un valle. Timare, y un lago, el Tulare. En medio del primero, el poblado indígena.

—Allí es...

Ojo de Halcón apretó el paso. Le atraían las luces que destacaban en la penumbra del anochecer. Entre ellas brillarían también las de su casa. Anne, su pequeña Anne, le esperaría ya inquieta, y la buena de Pies de Garza, su mujer. Ojo de Halcón, no se acostumbraba a llamar a su mujer Margaret, y si alguno le decía a él Joe Clifton, tardaba en darse cuenta, que aquel nombre tenía íntima relación con su persona.

El gordo modoc amaba a su hija hasta la idolatría.

—Dime adónde tengo que ir.

Ojo de Halcón, detuvo la marcha. ¿Qué adónde tenía que ir? Claro, si habían quedado en eso antes. Daney iría a su casa y él esperaría su regreso. La angustia atenazó su corazón. Mientras Adam Jenkins fuese el delegado del Gobierno en la reserva no podría volver allí. Tendría que abandonar sus campos y su ganado, no ver a los suyos, huir como un malhechor.

Procuró rehacerse:

—Toma —dijo, alargando al agente especial una medalla que colgaba de su cuello—. Llévales esto. Me la dio un misionero cuando aún modoc hacíamos guerra a los blancos. Misionero ser español y valiente. El enseñar modoc amar a Dios.

Daney recogió la medalla con respeto. Una burda imagen del Redentor, que era todo un símbolo para el sencillo Ojo de Halcón.

—Anne y Pies de Garza la reconocerán, y blanco contarles lo sucedido.

Luego le indicó adónde tenía que dirigirse, dándole las señas de su casa.

—Bien, espérame aquí. Procuraré no tardar.

Siguió con la vista a Daney, que se alejó presuroso en dirección al poblado, y un largo suspiro escapó de su pecho, al tiempo que se dejaba caer, desalentado, encima de una piedra.

Un zopilote dejó oír su desagradable graznido en la distancia, y Ojo de Halcón volvió a rebullir inquieto en el duro asiento, mientras que guardaba la pipa y el tabaco en el bolsillo.

Las luces de Timare le atraían poderosamente y la oscuridad ponía temblores en su corazón...

CAPÍTULO V

Revuelo en el interior de la casa al oír llamar a la puerta. Anne y Pies de Garza se levantaron corriendo del asiento. Quien llamaba a aquellas horas no podía ser nadie más que su padre y su marido, respectivamente. Estaban ya inquietas por su tardanza, inquietas y preocupadas. Anne recorrió el cerrojo, gritando alegremente:

—¡Cuánto has tardado, papá!

Pies de Garza, la corpulenta Pies de Garza, reía satisfecha. Siempre que su marido iba a Idahe, ella se quedaba preocupada. No es que el viaje fuera largo o peligroso, no. Pero Idahe no era igual que Timare. Había oído decir que allí ocurrían cosas desagradables. Por ejemplo, que el delegado del Gobierno acostumbraba a apalear a los indios por cualquier cosa e incluso a colgarlos si le venía bien. Su marido era pacífico por naturaleza, pero quién quita que alguien... Mas no, no había por qué preocuparse. Él estaba ya allí.

—Abre de prisa. Vendrá cansado —acució a su hija, que parecía tardar demasiado en franquear la entrada a quien volvía a insistir en la llamada en aquel momento.

—Ya voy, mamá, es que este cerrojo...

Abrió la puerta de par en par, y la luz de la habitación iluminó a un desconocido que se apoyaba en el quicio. Un hombre alto y corpulento, desgredado y sucio, con la ropa empapada de agua. El primer movimiento de Anne al verle fue de retroceso.

—Creí que... —tartamudeó.

Un hombre, que hasta entonces había permanecido sentado en un rincón de la habitación, adelantó unos pasos, y preguntó al desconocido:

—¿Qué desea?

El joven que se apoyaba en el quicio de la puerta tardó en

contestar. Hallábase desconcertado. Seguramente se había equivocado. Aquella casa no era la de Ojo de Halcón. La muchacha que salió a recibirle no concordaba con el imaginario retrato que hiciera de Anne, la hija del gordo modoc. No se parecía en nada a su amigo. Alta y delgada, tenía la flexibilidad de la palmera, y su rostro, bellísimo y de rasgos casi perfectos, no era el de una india. Únicamente sus ojos, grandes y rasgados y ligeramente oblicuos, podrían delatar su origen atabasca. Tampoco el pelo le caía en trenzas sobre sus hombros, pues lo llevaba recogido graciosamente por detrás de las orejas. Ni siquiera sus ropas podrían hacer pensar que se trataba de una india. Vestida con una sencillez que detonaba un gusto exquisito, aquella muchacha no habría llamado la atención en lugar alguno de la Unión, a no ser por su belleza.

—¿Qué desea? —repitió el hombre que saliera del rincón, al ver que no era Ojo de Halcón quien llamaba.

Tim Daney separó la vista de la muchacha y se fijó en él. Tampoco era un indio, o al menos no lo parecía. No recordaba haber visto nunca un indio rubio y de ojos azules como aquél. Vestido con un pantalón gris de franela y una americana de «*sport*», se adivinaban unos músculos poderosos bajo aquella ropa. Contaría poco más de veintiocho años, y los rasgos de su cara eran enérgicos y bien dibujados. «Un guapo mozo», pensó Daney.

Carraspeó, y se separó el pelo de la frente, echándoselo para atrás con la mano.

—Perdóneme, creo que me he equivocado. No, no es aquí donde...

Pies de Garza, la india corpulenta, le observaba inquisitiva con sus ojillos oblicuos. A pesar de sus años, conservaba aún belleza en su grasiento rostro y un cierto parecido a la muchacha.

—... donde quería llamar —terminó el agente especial, disponiéndose a marcharse.

Ojo de Halcón no le había dado bien las señas de su casa, o él no le entendió. Volvería a preguntárselas.

—¡Eh! Espere. Mira, mamá...

Anne señalaba la medalla que el desconocido tenía en la mano. Pies de Garza dejó escapar un grito de asombro y de angustia al verla y se precipitó a coger la medalla.

—¿Dónde la ha encontrado? —preguntó, anhelante.

—Ojo de Halcón me la ha dado —replicó Daney, extrañado.

Pies de Garza le hizo pasar a la casa, apretando la medalla, en su mano, con gesto nervioso. Un silencio pesado y angustioso gravitó sobre las mujeres, que esperaban inquietas al viejo modoc. Ninguna de las dos se atrevía a preguntar por qué aquel hombre le traía la medalla de Ojo de Halcón. Tenían miedo a que hubiese ocurrido una desgracia. Fue Anne quien se decidió, al fin, a preguntar:

—¿Dónde está mi padre?

Entonces, no se había equivocado. Aquella muchacha era Anne, la hija de Ojo de Halcón, y la gruesa india. Pies de Garza, su mujer. Pero ¿quién será el mocetón rubio de la cicatriz en la sien izquierda, de quien Ojo de Halcón no le había hablado nunca? ¿Qué haría allí? Aquel hombre no era un modoc. Hablaba el inglés perfectamente, y ninguno de los rasgos de su cara denotaba al indio. Desconfió de él. ¿Le convendría hablar en su presencia? ¿No le habría enviado allí Adam Jenkins para averiguar si Ojo de Halcón consiguió escapar del incendiado chaparral?

El silencio del visitante alarmó aún más a las mujeres, y Anne repitió:

—¿Dónde está mi padre?

Daney la miró fijamente a los ojos, y luego al mocetón rubio. Le pareció ver que le miraba, a su vez, con hostilidad.

—¿Su padre? ¿Es usted...?

—Sí, Anne, soy Anne; él le ha hablado de mí, ¿no es eso?

El mocetón rubio no separaba los ojos de él, y Pies de Garza daba vueltas y más vueltas a la medalla entre sus manos.

—Sí, me ha hablado de usted. ¿Podríamos hablar a solas usted y yo, y... su madre, por supuesto?

El desconocido se levantó del asiento. Ahora su hostilidad era manifiesta y clara. Tenía un gesto de dureza en los labios, y la cicatriz alcanzó su subido tono rojizo.

—No, Anne. No os dejaré solas con él. Tiene que decir lo que sepa de tu padre delante de mí, y debe tener buen cuidado de no intentar engañarnos.

Daney se revolvió, furioso:

—Escuche, amigo. No sé quién es usted ni me importa. He venido a ver a Anne y a su madre y no diré una palabra delante de usted. ¿Quién le ha enviado aquí? ¿Jenkins?

El desconocido no contestó enseguida, entornó los ojos y pareció reflexionar acerca de las palabras del visitante. Éste le oyó murmurar:

—¿Jenkis, Jenkis?

Luego se encogió de hombros, e insistió:

—Ninguno de los tres le conocemos a usted y yo no sé quién es ese Jenkis. No quiero que a Anne o a su madre les ocurra algo desagradable...

—¿Conque no quiere que les ocurra algo desagradable? Me parece...

Daney se miró en el espejo, colgado de la pared frontera que reflejaba su imagen. Un tipo para infundir desconfianza a cualquiera: la ropa, destrozada y sucia; la barba, crecida y desgredado. Casi ni se reconoció a sí mismo.

—... me parece que se toma usted demasiado interés por ellas —continuó, tratando de arreglarse el pelo—. ¿Por qué no se presenta usted y me dice quién es? Por mi parte, la medalla ya me ha presentado...

Daney vio que una intensa palidez alteraba el rostro del desconocido, y que se llevaba la mano a la cicatriz, apretándola fuertemente, como si quisiera hacerla desaparecer. Anne acudió en su ayuda:

—Papá le encontró herido en el Valle de la Muerte hace meses. Alguien le había disparado un tiro, y no recuerda quién es ni por qué estaba allí. Un caso de amnesia.

El agente especial le miró ya con más simpatía. Repentinamente le desapareció su desconfianza hacia él. Si aquel hombre llevaba meses viviendo en casa de Ojo de Halcón, no tenía por qué ver nada con Jenkis y Stein, indudablemente. Debido a su profesión, desconfiaba de todo el mundo.

—Ojo de Halcón está cerca de aquí —confesó, por último.

—Pero ¿por qué no viene él? ¿Qué le ha ocurrido? —inquirió Anne, anhelante, figurándose que su padre no acudía a su casa porque estaba herido o algo peor.

—Es largo de contar. Jenkis quiso ahorcarle en Idahe y yo le ayudé a escapar.

De nuevo el mocetón rubio repitió, interrogante:

—¿Jenkis, Jenkis?

—Sí, Jenkins; Adam Jenkins, el delegado del Gobierno en la reserva.

El desconocido se cogía la cabeza con las manos, apretándose la cicatriz de la sien, repitiendo obstinado, como si aquel nombre le martillase el cerebro para despertar sus dormidos recuerdos:

—¿Jenkins, Jenkins?

—Después prendieron fuego al chaparral y escapamos con vida de milagro —prosiguió Daney.

Y el otro, en un murmullo:

—¿Jenkins, Jenkins?

No atendía a las palabras del agente especial. Hundida la cabeza entre las manos, mesábase el cabello con desesperación. El nombre de Jenkins lo oía dentro de su cerebro cada vez más fuerte, más fuerte, hasta enloquecerle, y lo repetía, a su vez, con monótona y obsesiva cantilena.

—Tenemos que llevarle ropas y alimentos —oyó decir.

«¿Ropa y alimentos? ¿A quién hay que llevar ropas y alimentos? ¿A Jenkins?», se preguntó, firme en su idea.

Se levantó del asiento al ver que los demás se levantaban también, y echó a andar detrás de ellos. Andaba como un sonámbulo, sin ver dónde pisaba, abstraído en su pensamiento, «¡Jenkins!», parecía decirle el viento. «¡Jenkins!», iban diciendo sus zapatos al posarse en el suelo con precipitación. «¡Jenkins! ¡Jenkins! ¡Jenkins!». ¿Por qué le martillaba aquel nombre las sienes como una maldición o como algo que tenía grabado de modo indeleble en su subconsciente?

Ojo de Halcón estaba donde Daney le dejara antes. Oyó sus pasos y vio sus siluetas recortándose confusamente en las sombras. «¿Serán ellos?», se preguntó. Luego oyó la voz de Anne y corrió a su encuentro. Pies de Garza y la muchacha se le abrazaron llorando.

Sierra Nevada escupió, de pronto, el gajo blanco de la luna, dejándolo colgado de la percha del cielo.

Tim Daney y el mocetón rubio se sumieron en sus pensamientos. Daney pensaba en el hombre que tenía a su lado. «¿Quién será?», se preguntó. Anne había dicho que lo encontraron herido en el Valle de la Muerte. ¿Qué iría a hacer a aquel lugar? ¿Por qué le hirieron? ¿No será un fugitivo de la Justicia, un asesino o un ladrón?

Le miró disimuladamente, de soslayo. El desconocido no le

prestaba atención, abstraído en sus pensamientos. ¿Un asesino o un ladrón? No parecía lo uno ni lo otro. Los rasgos de su cara denotaban un carácter enérgico, y su mirar era firme y sereno. Claro que es difícil juzgar a nadie por su semblante.

Parecía hallarse solo allí, ausente de cuanto le rodeaba, ocupada su imaginación por un nombre que no conseguía encajar en el rompecabezas de sus confusos recuerdos del pasado.

Tim Daney se le oyó pronunciar de nuevo, con ira impotente.

—¡Jenkis! ¡Jenkis!

Y se acercó a él, dominado por la curiosidad.

—Parece que ese nombre le hace recordar algo —aventuró.

El mocetón rubio levantó la vista. Sus ojos tropezaron con los de Daney. Movi6 la cabeza, negando.

—Estoy seguro de que ese nombre lo he oído otras veces antes de ahora. ¡Adam Jenkis! Pero no consigo recordar dónde ni cuándo, como tampoco logro revivir mi pasado. La vida empezó de nuevo para mí el día que abrí los ojos en casa de Ojo de Halcón. Mi existencia anterior se esconde tras una nube que no puedo disipar, a pesar de cuantos esfuerzos hago para conseguirlo. Anne dice que me encontraron herido en el Valle de la Muerte. ¿Para qué fui allí? ¿Quién me hirió y por qué?

El agente especial del

F. B. I.

comenzaba a interesarse por aquel caso. Para el mocetón rubio, la vida empezaba de nuevo; pero su vida, aquella vida desconectada de la anterior tenía la inconsistencia de lo ficticio, porque el hombre no puede nacer dos veces. A su conciencia le atormentaba el deseo de saber el ansia de averiguar un pasado que constituía un enigma para él. Estaba solo consigo mismo y alejado de sí por aquel pasado desconocido. ¡Quizá si viera a Jenkis!...

Daney leyó en sus ojos la duda y la incertidumbre, los pensamientos que le atormentaban.

—¿Adam Jenkis? Sí, iré a verle —afirmó, por último, decidido.

Anne se acercó al oírle. Tim Daney adivinó que estaba enamorada del mocetón rubio. Temblaba.

—No, no vayas a Idahe —suplicó—. Adam Jenkis es cruel.

—Pero yo no soy un indio —objetó él.

Y ella:

—Tú no sabes quién eres. Un hombre sin nombre. Un indocumentado.

Daney, que le escuchaba en silencio, intervino en la conversación:

—Escucha, muchacho. Ese Adam Jenkins es capaz de cualquier cosa, y yo no te aconsejaría que fueses a verle sin adoptar las debidas precauciones. Después de todo, Idahe no está tan lejos del Valle de la Muerte...

Guardaron silencio. Las palabras del agente especial habían hecho mella en el desconocido. En el fondo de su corazón, tenía miedo a saber su pasado, a que se corriera el velo que ofuscaba su inteligencia. Adam Jenkins lo mismo podría ser su enemigo como su aliado. Igual podía haber formado él parte de aquellos hombres que perseguían y robaban a los indios como en tiempos pasados. Y le aterraba el pensar que pudiera haber hecho antes algún daño a los modoc, a los infelices y honrados indios a los que debía la vida. Le aterraba el pensar que hubiese podido llegar hasta allí huyendo de la Justicia.

Sin embargo, no conseguía alejar de su imaginación el deseo de ver a Adam Jenkins, al delegado del Gobierno en la reserva india.

Se volvió para mirar a Daney.

—Llevas razón. Iré a Idahe y procuraré pasar inadvertido. Daría la vida por ver a ese hombre. Presiento que él me hará recordar mi pasado...

Un sollozo de Anne le hizo volverse hacia ella otra vez. Vio el temblor de sus labios y las lágrimas que resbalaban por su rostro.

—No tengas miedo, Anne, no me pasará nada —afirmó, cogiéndole las manos.

Pero ella no temblaba por eso. Temblaba por si el pasado, que tanto ansiaba él conocer, les separaba para siempre. Aquel hombre era suyo. Lo había visto renacer a la vida hora a hora, minuto a minuto. Y también hora a hora, minuto a minuto, el cariño que sentía por él fue afincándose más y más en su corazón. Vivía por ella, gracias a sus cuidados y desvelos. Lo encontraron casi muerto en el Valle de la Muerte, y ella luchó sin descanso por salvarle. Le amaba con toda su alma, con toda la potencia de sus sentidos. Pero él era un blanco y ella una modoc, una india. Ahora no les separaba nada más que el color de la piel; luego quizá les separasen muchas

otras cosas. Quizá otra mujer...

Él, que la estrechaba entre sus brazos, la sintió estremecerse. Acarició sus mejillas y su pelo con reverente suavidad.

—Volveré —afirmó quedo a su oído.

Una bandada de aves viajeras pasó por encima de sus cabezas. Dirigíanse al Tulare, o quizá más allá, hacia la costa. Viajaban de noche, huyendo del calor del día. Al amanecer reposarían entre los árboles de la selva o en las frescas orillas del lago de los modoc.

Anne levantó la cabeza al oírlas y se apretó más contra el pecho del mocetón rubio. Quizá él también se fuera algún día para no volver. Lloraba.

Ojo de Halcón estaba inquieto. Quería alejarse ya de allí, que el nuevo día no le sorprendiera por aquellos alrededores.

—Vámonos ya, vámonos —suplicó.

Pero Daney no pensaba ya en seguir huyendo. Había decidido otra cosa: acompañar al mocetón rubio a Idahe.

—¿No habrá por aquí cerca algún sitio donde puedas esconderte durante unos días? —preguntó al modoc.

Ojo de Halcón replicó:

—¿Por aquí cerca? No; no haber sitio donde esconderme. Ojo de Halcón querer ir lejos. Ojo de Halcón tener miedo míster Jenkins.

—Pues yo he decidido ir a Idahe mañana por la noche. Te acompañaremos hasta encontrar un lugar relativamente seguro donde puedas quedarte. Ese míster Jenkins, como tú le llamas, se comporta de un modo muy raro para ocupar el cargo que desempeña, y me gustaría averiguar algunas cosas relacionadas con él. No irás tú solo a Idahe, muchacho —se dirigía al mocetón rubio.

Éste sonrió complacido. Le agradaba ahora aquel hombre más joven que él algunos años, empeñado en llamarle muchacho. Pero, claro, ¡cómo iba a llamarle si no!

Entretanto, Ojo de Halcón se cambió de ropa, poniéndose, en lugar del chaquetón de cuero, una estrecha americana de paño, tan ajustada que la carne le rebosaba por todos lados, dando la sensación de que fuese a estallar la tela de un momento a otro. También, en lugar del perdido sombrero de paja, encasquetose un sombrero de fieltro de alas tan reducidas que daba la impresión de ser más bien birrete que sombrero. Lo único que le venía holgado eran los pantalones y los zapatos, grises unos y negros otros, en

contraste con la verde y chillona americana.

A pesar de estar prohibida la tenencia de armas entre los indios de las reservas, la mayoría de ellos poseían magníficos rifles y modernas pistolas y revólveres. De cuando en cuando se internaban en la selva para perseguir a las fieras, dominados por sus ancestrales instintos de cazadores. Ya no luchaban contra los blancos; mas aún experimentaban el deseo de sentirse libres como antaño, y la selva, señora del misterio, le acogía en su seno, ofrendándoles la aventura en cada uno de sus rincones. Al enfrentarse con las fieras se sentían más libres, tan libres como ellas.

Ojo de Halcón poseía dos «Winchesters» y dos revólveres «Smith-Wesson 38». Daney y su nuevo compañero se guardaron uno de éstos cada uno y entregaron un rifle al viejo modoc.

—¿Sabes disparar? —preguntó el agente especial al mocetón rubio.

Éste cogió el revólver y le pasó los dedos por encima, acariciándolo. Aquel arma parecía querer traerle ciertos recuerdos a su memoria, ideas que no llegaban a tomar forma en su imaginación.

—Sí, creo que sí —replicó, metiéndolo en la funda.

—Bien; vámonos entonces. Ya veremos lo que haces si tienes necesidad de emplearlo.

Se alejaron de Timare. Ojo de Halcón y el mocetón rubio se volvían de cuando en cuando para mirar hacia atrás. Allí, en pie, donde le dejaran al emprender la marcha, Anne y Pies de Garza continuaban mirándoles, resbalándoles las lágrimas por las mejillas. La vieja india, temblando por Ojo de Halcón, y la joven modoc por su padre y por el mocetón rubio.

Éste sentía aún en sus labios el calor del beso con que ella les despidiera, el aroma de su cuerpo y la suave fragancia de sus cabellos en sus manos.

Sólo Tim Daney no dejaba ningún lazo afectivo detrás de él.

El gajo de luna hundía sus cuernos luminosos en el cielo.

CAPÍTULO VI

Anduvieron toda la noche, hasta que la tierra se vistió con el lujoso ropaje de lentejuelas de oro de la mañana.

—¿Estamos ya cerca? —preguntó Daney al modoc.

Éste asintió con la cabeza y apretó el paso.

—Cabaña de viejo Flecha Certera ocultar árboles —afirmó, señalando con la mano un bosquecillo de frondosos eucaliptos.

Sus acompañantes no le hicieron más preguntas. A última hora. Ojo de Halcón habíase acordado de su viejo amigo Flecha Certera, un modoc reacio a cuanto significase civilización. Vivía en aquella casucha cónica que se veía en lontananza, una choza de troncos de abedul y hojas de palma, rodeada de resistente cerca de madera.

Ojo de Halcón les habló de él. Nadie sabía la edad de Flecha Certera, e incluso casi todo el mundo se había olvidado de su existencia hacía ya largo tiempo. Fue uno de los cabecillas de la rebelión de Sitting Bull, o al menos así lo afirmaban quienes le conocían. Al fracasar aquélla prefirió la soledad al contacto con los odiados blancos. Junto con su mujer se fue a vivir a aquel lugar apartado y solitario, y nunca más volvió a pisar los poblados de sus compatriotas.

—Miradle: allí está.

Tim Daney y el mocetón rubio miraron hacia donde señalaba el modoc con el dedo. A unas diez yardas de ellos, un indio, alto y seco, les veía llegar, con ojos centelleantes. El hundido pecho al aire y las manos por delante, ordenándoles que se detuvieran. Mostraba las delgadas y largas piernas embutidas en un pantalón de colorines y en unas polainas de cuero, adornadas con picos de papagayo. Sobre su cabeza, un absurdo copete de piel con caídas de armiño.

—Soy Ojo de Halcón —gritó el modoc, en su idioma.

Flecha Certera bajó la mano. Ojo de Halcón siempre había sido buen amigo suyo, y acudía por allí frecuentemente para llevarle comida u objetos de los que andaba muy necesitado. A pesar de su nombre, ya no acertaba con facilidad a la caza, y las flechas solían hincarse en el suelo o en el tronco de los árboles. Le pesaban los años.

Adelantó unos pasos, andando con majestuosa dignidad. Daney y el mocetón rubio pudieron verle mejor entonces: nariz aguileña, ojos vivaces y hundidos en las profundas cuencas. La piel de su rostro era un cuero reseco y arrugado sobre el que resaltaban las líneas trazadas en él caprichosamente con arcilla y tierra blanca. ¡Un verdadero atabasca! Una momia viviente. La trágicamente ridícula representación de una raza decadente y casi extinta...

Señalaba ahora al agente especial y a su acompañante, interrogando.

—Blancos ser amigos de Ojo de Halcón —afirmó el modoc.

Daney le saludó en su idioma:

—Queremos ser amigos también de Flecha Certera.

Flecha Certera se inclinó ceremonioso, sin que por ello perdiese en dignidad, y les tendió la mano, amistoso:

—Flecha Certera ser amigo blancos hablan lengua atabasca.

«¡Vaya! —se dijo Daney para sus adentros—. De algo me tenía que servir el trabajo que me costó aprenderla».

Esta vez fue el mocetón rubio quien contestó, empleando también el idioma de los atabascas:

—Queremos agua y refugio hasta el atardecer.

Tim Daney y Ojo de Halcón le miraron extrañados. Ninguno de los dos creía que aquel hombre hablase la lengua de los indios. Fue una sorpresa para ellos, e incluso para él mismo, pues en aquel momento se deshacía una de las nebulosas de su imaginación, o surgía una nueva incógnita de su pasado. ¿Cómo sabía él hablar aquella lengua? ¿Dónde la había aprendido?

El que el mocetón rubio hablase el atabasca puso en guardia a Daney. ¿No sería uno de los componentes de la cuadrilla de estafadores de Stein? El que no le conociera de antes Ojo de Halcón no quería decir nada. Tal vez hubiese actuado por otras localidades distintas a Timare. Los blancos que hablaban aquella lengua podían contarse con los dedos. Dentro del

F. B. I.

serán sólo unos cuantos los que la aprendieron: Orson Smith, el fallecido Jack McKinney y él. Entre los mismos indios, la mayoría desconocía su idioma vernáculo y hablaba sólo inglés. Únicamente los viejos continuaban fieles a aquella lengua gutural y desagradable, semejante al graznido de las aves.

Tim Daney se llevó la mano al revólver instintivamente. Procuraría estar vigilante y alerta. Concurrían muchas circunstancias sospechosas en el mocetón rubio.

Flecha Certera les condujo al interior de su miserable cabaña. Allí, Ojo de Halcón estaría seguro. El viejo atabasca no recibía jamás visitas, a no ser la del caritativo modoc.

Sentados en el suelo, comieron de las viandas que Anne y Pies de Gaza les pusieron para el viaje y fumaron, silenciosos y concentrados en sus pensamientos, largas pipas que se pasaban de mano en mano, en ceremonioso mutismo.

Las horas transcurrieron veloces.

Tim Daney se puso en pie. Había llegado el momento de partir. Los demás se levantaron también, y le siguieron fuera de la cabaña. Flecha Certera y Ojo de Halcón les acompañaron hasta la salida del bosque de eucaliptos.

El modoc les señaló con la mano el camino que debían seguir.

—Allí está Idahe —dijo, apuntando al frente.

Las altas siluetas de los dos blancos se perdieron, en la penumbra del atardecer...

—Allí está Idahe —dijo Daney, apuntando a las luces que se recortaban en la oscuridad.

El mocetón rubio no contestó. Sin darse cuenta se llevó la mano a la cicatriz y pareció acariciársela. El agente especial no vio cómo apretaba la otra mano con furiosa impotencia, hasta hacerse daño. Quizá allí se encerrase el secreto de su pasado, de aquel pasado que no podía recordar. Las sienes le latían con violencia, y el corazón le palpitaba aceleradamente según iban acercándose a Idahe.

Daney, expectante y desconfiado, empuñaba la culata del revólver.

Ya llegaba hasta ellos el rumor de las gentes de las calles, los relinchos de las caballerías y el ruido de algún motor en marcha.

Se pararon. Daney, receloso. El mocetón rubio, anhelante.

Estaban a las puertas de Idahe; pero ¿les convendría entrar en el pueblo? ¿No recobraría el mocetón rubio la memoria y metería al agente especial en un aprieto si era uno de los compinches de Stein?

Mas había que hacer algo. Si Daney hubiese estado seguro de su acompañante, habría entrado en el pueblo sin ningún recelo. Dos revólveres bien manejados son difíciles de acallar...

—¿Tienes tú algún proyecto? —le preguntó.

—¿Proyectos? No; no tengo ninguno. Sólo pretendo ver a ese Jenkins.

No era mucho aquello para Daney. Una vez hubiese visto al delegado del Gobierno podría convertirse en su enemigo o en su aliado, o quedar indiferente. No; no podía confiar en él. Tenía que confiar únicamente en sus propias fuerzas; pero de todos modos iría con él hasta que viera a Adam Jenkins y pudiese darse cuenta de sus reacciones... Después resolvería lo que mejor conviniese.

Mas a Daney no le interesaba gran cosa, de momento, Adam Jenkins. Cuando regresase a San Francisco daría cuenta a las autoridades de su inhumano comportamiento para con los indios de la reserva. Había ido allí para descubrir a los falsos aseguradores que estaban estafando a los modocs y no para meterse en los asuntos administrativos de la reserva. Claro que él también había estado a punto de morir, achicharrado...

—Esperaremos a que se haga más tarde —aconsejó el mocetón rubio.

Al agente especial no le pareció mala idea. Esperarían a que las gentes se recogieran en sus casas para entrar en el pueblo. Aunque, de este modo, les sería más difícil dar con los hombres que buscaban.

Los ruidos que llegaban hasta ellos fueron cesando poco a poco, y las luces del pueblo apagándose paulatinamente. Sólo algunas persistían obstinadas, luciendo en las sombras.

—Vamos, muchacho.

El mocetón rubio sonrió divertido. Le agradaba la jovial decisión de su compañero.

—¿Sabes tú dónde encontrar a ese Jenkins? —le preguntó.

Daney se encogió de hombros.

—Ni lo sé ni me interesa por ahora. Yo voy en busca de otro personaje al que llaman Stein, un alemán...

El mocetón rubio le cogió por un brazo, apretándole hasta hacerle daño.

—¿Has dicho Stein? —interrogó, anhelante.

—Sí, Stein, un hombre con la cabeza cuadrada. El que golpeó a Ojo de Halcón —replicó el agente especial, extrañado.

El mocetón rubio le soltó el brazo para llevarse la mano a la cicatriz. También aquel nombre inquietaba sus dormidos recuerdos, removiendo el fondo reposado de su pasado. Sus ideas comenzaban a perfilarse en su mente, entre una oscura nebulosa. Veía pasar ante él, imaginariamente, unos rostros de rasgos duros y crueles, y veía a un hombre apuntándole con una pistola; pero no conseguía distinguir sus facciones: sólo sus ojos, unos ojos grandes y brillantes, y su boca, una boca de dientes retorcidos y largos, que reía sin descanso burlándose de él.

También las calles de Idahe le resultaban familiares. Las casas, unas de piedra, otras de ladrillo y las más de madera, pasaban ante su vista en un desfile de lugares conocidos. Sobre todo aquel edificio de tres pisos que sobresalía por encima de los demás con sus enormes ventanales abiertos, iluminados fastuosamente, cual si dentro de él se celebrara una fiesta o un gran acontecimiento.

Y eso era: se celebraba una fiesta en él. Así lo aseguró un hombre con aspecto de mendigo y truhan, flaco y desgarrado, que dejaba pasar el tiempo con aire cansino y aburrido, encaramado en un alto poyo de piedra, frontero a la puerta de aquel edificio.

—El delegado del Gobierno se reúne con sus amistades.

Bizcó y se sonó la nariz ruidosamente, sin hacer uso de pañuelo o cosa que se le pareciera.

Y luego remachó:

—Nuestro querido míster Jenkis se divierte.

«Indudablemente, el mendigo no experimenta gran simpatía por Jenkis. La impopularidad del delegado del Gobierno es manifiesta», pensó Daney. Después preguntó en voz alta:

—¿Qué clase de fiesta da míster Jenkis?

El mendigo le miró de arriba abajo, extrañado de su pregunta. Escupió fuerte.

—¿Os habéis caído de la luna, por casualidad? Hoy es el cumpleaños de nuestro querido benefactor —afirmó, irónico, pasándose la mano por la nariz y guiñando uno de sus ojillos

pitarrosos—. Míster Adam Jenkis celebra su onomástica. ¿No se dice así?

Echando la calva cabeza, hacia adelante y estirando el descamisado cuello, flaco y pellejudo como el de un ave de rapiña, exclamó:

—¡Ah! Veo que sois forasteros. No recuerdo haberos visto antes por aquí. Soy Jimmy «el Barbas». Por un trago de *whisky* os proporcionaré toda la información que queráis de Idahe y de sus malditos habitantes; por un trago de *whisky*... ¡Eh, esperad! ¿Adónde vais?

Los dos forasteros no le escuchaban. Habíanse separado de su lado y se encaminaban calle adelante, sin hacerle caso ya. El mendigo volvió a subirse al poyete, profiriendo maldiciones y rascándose los sobacos por debajo de la americana. Acababa de perder la posibilidad de conseguir unas monedas que le permitirían adquirir unos vasos de *whisky*, del que el tabernero chino tenía siempre dispuesto a los amigos.

Daney y el mocetón rubio pasaron por delante de la puerta del edificio de la Delegación del Gobierno. Dos hombres corpulentos y armados de rifles guardaban la entrada. Siguieron adelante...

Más allá se pararon.

—Tenemos que entrar ahí —sugirió el mocetón rubio, con voz ronca.

El agente especial abrigaba el mismo pensamiento, idéntico deseo. Si consiguieran entrar en aquella casa, tal vez averiguasen muchas cosas.

Pero aquellos dos hombres armados de rifles...

No es que tuvieran miedo de ellos; mas no convenía armar ruido. Les interesaba entrar sin ser vistos. El mocetón rubio experimentaba un deseo irreprimible de subir a aquella casa, que parecía atraerle como un imán. Parado en medio de la acera, sus ojos no se separaban de los iluminados ventanales.

«Recuerdo esa casa. Yo he estado en ella antes de ahora», murmuró.

¿Qué papel jugaba aquel edificio en su vida? ¿Por qué se le habían quedado tan grabadas en la imaginación las lisas paredes de piedra, los balcones salientes, todo el conjunto, vulgar y feo, del caserón donde habitaba Adam Jenkis? Era un enigma que tenía que

resolver, una incógnita que necesitaba aclarar. Las ideas se confundían en su mente sin conseguir definir ninguna de ellas. Adam Jenkins, Stein, Idahe y aquel edificio. Le dolía la cabeza.

Daney, por su parte, continuaba receloso. ¿No sería todo aquello un ardid para atraparlo? ¿No habría recordado ya éste su pasado?

—Tenemos que entrar allí —insistió el mocetón, rubio señalando la casa.

Por sus ventanales, abiertos, escapaba, a más de la luz, el continuo golpeteo de una música chillona y alegre, música de «jazz». Y, también, risas y gritos, bullicio de los que celebraban el cumpleaños de Jenkins.

Instintivamente, el mocetón rubio desanduvo el camino. Pero no se dirigió a la puerta principal. Una callejuela, sórdida, sucia y solitaria, conducía a la parte trasera del edificio. Daney comprobó que su compañero andaba por allí con seguridad absoluta, como si conociera el terreno a la perfección. Siguiéndole, no separaba la mano de la culata del revólver.

De pronto se detuvo y le hizo detenerse:

—¡Cuidado! —advirtió, en un murmullo.

Alguien vigilaba también en aquel lugar, tenebrosamente oscuro. Trataron de atravesar las sombras con la vista sin conseguirlo. Sólo percibían los pasos acompasados del vigilante, yendo de un lado a otro, y la mota roja de la lumbre de un cigarro. Tim Daney pensó que era una mala costumbre el fumar estando de vigilancia; mas los hombres de la guardia de Jenkins debían estar habituados a que nadie se atreviera a intentar deshacerse del despótico delegado del Gobierno, y no se recataban de hacer su servicio lo más llevadero posible.

—Espera aquí —ordenó el mocetón rubio a su compañero.

Su voz tenía el acento autoritario de un hombre acostumbrado a mandar y a hacerse obedecer. Daney no pudo replicarle. Cuando quiso hacerlo ya se había separado unas yardas de su lado y adelantaba rápidamente en dirección al centinela, pegado a la pared. No hacía ruido alguno. Se deslizaba con la ligereza y el silencio de un reptil.

El puntito rojo del cigarro se destacaba mejor en la oscuridad. Venía hacia ellos, y el ruido de las botas contra el suelo oíase monótono e igual, ganando más y más en intensidad.

Pronto el vigilante llegaría junto a su compañero. Tenían que estar ya muy cerca el uno del otro. Daney no separaba la mano del revólver. Si el centinela descubría al mocetón rubio daría la voz de alarma, o tal vez...

Volvió la cabeza. Le había parecido oír un ruido a su espalda. Como el deslizarse sigiloso de unos pies por el suelo. Mas la noche era demasiado oscura para poder distinguir nada entre las sombras compactas que formaban un muro impenetrable en la calleja. Aguzó el oído. Nada. Había sido una falsa alarma.

El puntito rojo del cigarro del vigilante continuó avanzando, avanzando. ¿Dónde se había metido el mocetón rubio para que no le viera? Ya tenían que haberse encontrado.

Y otra vez el ruido a su espalda. Ahora lo percibió claramente. Un ruido inconcreto, confuso. Lo mismo podía ser el sonido de unos pies deslizándose suave y sigilosamente por el suelo como el leve pisar de un animal.

La lumbre del cigarro continuaba adelantando hacia él. Súbitamente comprendió lo que pasaba. Su acompañante le habría hecho caer en una celada. La lumbre del cigarro era un ardid para engañarle y hacerle creer que los vigilantes estaban confiados. No podía volver para atrás ni adelantar un paso. Experimentó la sensación de que le acechaban en la oscuridad, de que los cañones de unos rifles o la negra boca de unas pistolas le cerraban el paso. ¡Si al menos pudiera ver a sus enemigos! El puntito rojo de lumbre semejaba en el espacio como un ojo hipnótico o una pupila sanguinolenta en el rostro negro de la noche.

Detrás de él, los pasos sigilosos de alguien que pretendía pasar inadvertido.

Mentalmente se reprochó su confianza en el mocetón rubio. ¡Qué bien había urdido su coartada! ¡Cómo supo engañarle! Gruesas gotas de sudor le resbalaron por la frente. En la Academia de Quántico enseñan a defenderse y a atacar en caso de necesidad; pero allí todo es falso, sin peligro. Enseñan a hacer frente a un enemigo que se esconde y a otros que atacan a pecho descubierto. Mas sus pistolas no disparaban balas ni sus cuchillos rasgan las carnes. Es como un juego del que se sabe ha de salirse siempre con vida.

Aquello era distinto. Dos, tres, ignoraba cuántos enemigos le

acechaban en la oscuridad. Sus pistolas no estarían cargadas sólo con pólvora. Dentro de la recámara, las balas...

Mas si el mocetón rubio le había conducido a aquella situación no podía esperar, cobardemente, a que le cogieran sin defenderse. Debía hacer lo posible por escapar de allí, luchar, y, si era menester, morir atacando.

Atacaría al vigilante del cigarro. Desenfundó el revólver y adelantó un paso. El puntito rojo cesó de avanzar. De pronto, desapareció de su vista, y un grito ahogado, una maldición contenida, rompió el silencio.

Luego, un cono de luz cayó de lleno sobre Daney, iluminándole por la espalda.

—Quieto.

No se volvió. No podía hacerlo. El cañón de una pistola se incrustaba en sus riñones.

—¿Qué buscas por aquí? Vamos, dame ese revólver.

Se lo arrebataron de un tirón y le golpearon en el rostro para que hablase. Eran dos hombres. Mientras uno mantenía la pistola y la linterna en las manos, el otro le golpeaba brutal.

—Habla. ¿Qué buscas por aquí?

Calló obstinado. Era absurdo que, le preguntasen lo que hacía allí. Tal vez pretendieran hacerle creer que el mocetón rubio no tenía culpa en aquello. Sí, eso debía ser.

—Se lo llevaremos a míster Pleyer —dijo uno de los desconocidos—. Entre él y Stein le harán hablar. Sería el primero que se les resistía.

A empujones le hicieron retroceder, sin que la presión del cañón de la pistola disminuyese un instante sobre sus riñones.

A empujones también le obligaron a entrar en el iluminado recinto, de la Delegación del Gobierno, el contraste entre la luz y la oscuridad que acababa de dejar allí afuera le cegó unos segundos, obligándole a cerrar los ojos.

Cuando los abrió, su vista tropezó con alguien que le miraba entre asombrado y divertido.

CAPÍTULO VII

Bien, amigo. ¡Otra vez por aquí!

El alemán de cabeza cuadrada, míster Stein, pasado el primer momento de estupor, se acarició el mentón, dubitativo. Luego se volvió al hombrecillo patizambo y corcovado, que fumaba incansable, dando largas chupadas a un descomunal habano, y dijo:

—¿Verdad que resulta sospechosa la actitud de nuestro amigo? Otro, en su lugar, no habría vuelto por aquí después de escapar del incendio del chaparral.

El patizambo no replicó. Sin dejar de hurgarse con un palillo en los negros y podridos dientes, adelantó unos pasos hasta quedar enfrente del prisionero. Aquel hombre habría resultado ridículo a no ser por la fuerza que irradiaban sus ojos. Se presentía un alma fuerte, un temperamento dominante, y cruel, en el fondo de sus pupilas. Dentro de aquel cuerpo contrahecho y deforme se albergaba un alma forjada en el yunque de un persistente complejo de inferioridad. Pleyer odiaba todo lo que pudiera recordarle su fealdad y su miseria corporal, sin darse cuenta de que más horrible que su envoltura carnal, era su alma, su corazón, que sólo latía para el mal...

—Hablas demasiado, Stein —gruñó, sin mirarle.

Estaban los tres solos en la habitación. Stein, la calva cabeza al aire, desabrochado el cuello duro y la negra americana abierta; Pleyer, en mangas de camisa, enseñando los brazos, largos y huesudos, y Tim Daney, atado a una silla con los brazos atrás.

Fuera, lejana, oíase la música del «jazz». Alguien cantaba con voz gangosa, siguiendo los lentos y dulzones compases de un «blue». También se dejaban oír risas y gritos de mujer. Los amigos de míster Jenkis celebraban su cumpleaños ruidosamente.

Pleyer permaneció unos segundos mirando fijamente al prisionero. Sonreía, burlón. El cigarro, largo y grueso, volvió de nuevo a sus labios. Sacudió la ceniza, y aspiró de él con voluptuosidad. Después se lo quitó de la boca, y preguntó, arrastrando las palabras, tranquilamente, con una voz sin modulaciones, fría y serena como su mirada.

—Nos engañaste una vez, pero no nos engañarás más. ¿Quién eres y a qué has venido a Idahe?

Stein callaba ahora. Reconocía en aquel hombrecillo ridículamente contrahecho una superioridad sobre él, la superioridad de su odio hacia todo lo creado.

Tim Daney guardó silencio también. Luego, de pronto, no pudiendo contenerse, gritó:

—Preguntádselo a vuestro amigo. Preguntádselo al hombre de la cicatriz en la sien. Él os lo dirá.

Stein se levantó de la silla en que descansaba su voluminosa humanidad e intentó acercarse al prisionero. Pleyer, sin volverse a mirarle, le detuvo con un gesto de la mano.

—Espera, Stein, espera —ordenó. Y luego, dirigiéndose al agente especial—. Te he preguntado a ti. Mejor será que nos digas a qué has venido y quién eres. Sí; será mucho mejor que nos lo digas sin tener que forzarte a hablar.

Sonreía, enseñando sus negros dientes, carcomidos por la piorrea, mientras sus pupilas, obsesionantemente inmóviles, le miraban fijamente.

—Vas a hablar. ¿Verdad que vas a hablar?

Se agachó, con el cigarro en la mano, por delante de él. Los ojos del agente especial se dilataron por el espanto, pero no profirió una sola queja. La lumbre del cigarro era, también, otra pupila roja que avanzaba pulgada a pulgada hacia su pecho desnudo.

En la lejanía, a través de las gruesas paredes que cerraban la habitación, seguía el mosconeo insistente de la música, de los gritos y de las risas. Un fondo demasiado alegre para el drama que empezaba a desarrollarse en el apartado recinto de la delegación del Gobierno de Idahe.

—¿Verdad que vas a decirnos para qué has venido a Idahe?

La voz del corcovado se hizo persuasiva y falsamente acariciante. Volvió a chupar del cigarro, y el punto rojo de la

lumbre aumentó de tamaño, mientras adelantaba inexorablemente hacia el pecho del prisionero...

No, no podía resistir más aquel tormento. Un dolor lacerante y agudo, como si le pincharan con largas agujas incandescentes. La habitación estaba llena de humo. A través de la nube grisácea que irritaba los ojos y la garganta, las frías pupilas del corcovado, sus dientes carcomidos enseñándolos al reír, y el punto rojo de la lumbre del cigarro. También, cual una pesadilla, la música lejana, cada vez más lejana y confusa, como todo cuanto rodeaba al prisionero.

La cabeza se le cayó sobre el pecho, y dejó de experimentar la horrible sensación de que le pinchaban con unas agujas largas, tan largas, que parecían llegarle al corazón.

—Trae agua, Stein, y abre esa ventana.

El alemán de cabeza cuadrada se apresuró a obedecer a Pleyer. Siempre le obedecía sin rechistar. Lo primero que hizo fue abrir la ventana, y una bocanada de aire entró en la habitación, jugueteando con el humo, persiguiéndole hasta hacerle salir de allí. Olía mal. A carne quemada. En el pecho del desvanecido agente especial del

F. B. I.,

rosetas encarnadas, mordeduras de fuego. Pleyer le observaba fruncidas las cejas y mordiéndose los labios furioso. Jamás había tropezado con un hombre tan obstinado como aquél.

Luego se levantó del asiento y paseó por la habitación, abriendo mucho el compás de sus largas y desproporcionadas piernas. Semejaba una descomunal rana, o una absurda y fea zancuda.

Stein regresó con una jarra de agua.

—Échasela por la cara —rugió el corcovado—. Le haremos hablar, aunque... tengamos que matarle.

El agua, fría, cayó en la cabeza de Tim Daney. Le resbaló por la cara, por los hombros y por el pecho.

—Más, trae más —bramó el hombrecillo, iracundo, golpeando el suelo con el pie—. Un cubo, lo que sea. Una jarra es poco.

En el fondo, Pleyer despreciaba al alemán, cerrado de mollera, y de lenta comprensión. Eran dos caracteres antagónicos, dos mentalidades completamente opuestas. El, ágil y despierto; Stein, lento y abúlico. Quizá por eso se compenetraban tan bien.

Esta vez, el alemán se apresuró a volver con una cubeta de cinc, llena de agua hasta los bordes.

Pleyer le señaló al prisionero con la mano, y el agua resbaló de nuevo por su cabeza, por sus hombros y por su pecho, para formar un charco en el suelo, en el que los pies de Stein y del hombrecillo se hundían, chapoteando ruidosamente.

—Déjalo ya, Stein. No hace falta más.

La cubeta quedó mediada de agua, con harto disgusto del alemán. Le agradaba ver caer el agua sobre la cabeza del prisionero. Verla resbalar hasta el suelo en rumorosa catarata.

Y el agua refrescó las quemaduras de Daney, y le hizo volver en sí. Aún persistía la nube de humo delante de sus ojos. Sin embargo, no se los irritaba como antes. Quiso llevarse la mano a ellos para restregárselos, y sintió un tirón en las muñecas, cual si se las cortasen brutalmente. Poco a poco se hizo la luz en su inteligencia. Poco a poco volvió a la realidad. Seguía atado a la silla. Continuaba oyéndose la música, lejana y machacona.

La nube se fue disipando lentamente. No, no había humo en la habitación. El aire entraba por la ventana a bocanadas. Un aire tonificante y cargado de aromas. Respiró profundamente.

—¿Qué, amiguito, estás ya mejor?

Lo primero que vio fue la roja pupila de la lumbre del cigarro, guiñándole con el párpado grisáceo de la ceniza. Se estremeció, a su pesar.

Stein se acercó a él, y le golpeó brutalmente en la cara con el puño cerrado.

—Vas a hablar, ¿sí o no? ¡Nos estamos perdiendo la fiesta!

Stein lamentaba perderse la fiesta. Míster Jenkis administraba sabiamente el presupuesto de la delegación del Gobierno. No creaba escuelas ni pagaba maestros. La salud de los indios no inquietaba su sueño, y cuanto se refería a su misión de acercamiento y bienestar de los modoc. Le tenía sin cuidado. Pero, eso sí, nadie podía decir que Adam Jenkis escatimase el *whisky*, los emparedados ni las más succulentas viandas, cuando se trataba de dar una fiesta a sus amigos. En esas ocasiones, hartos frecuentes, solía mostrarse tan generoso y desprendido, que, quien más y quien menos, abandonaba el edificio de la delegación dando sospechosos traspiés, si conseguía llegar a la puerta y no se quedaba antes dormido en

cualquier rincón.

Por eso, a míster Stein le urgía acabar cuanto antes aquel asunto. Debieron demorarlo para el día siguiente; mas Pleyer insistió en la necesidad de dejarlo zanjado aquella misma noche.

Mientras zarandeaba al indefenso agente especial, su pensamiento estaba en el piso de arriba. En las mesas rebosantes de licores y de apetitosas viandas, y en las jóvenes llegadas de San Francisco con el exclusivo objeto de asistir a la fiesta, invitadas por el espléndido anfitrión para tan memorable acontecimiento. Unas damas nada recomendables, en verdad; pero con las que el corpulento alemán hubiese bailado toda la noche hasta caer rendido, a no ser por la inoportuna aparición de Tim Daney.

—Déjale, Stein. Se me ocurre una idea. Nada de martirizarle más. He llegado al convencimiento de que esto que estamos haciendo es poco digno de nosotros.

Pleyer hablaba con aquella voz falsamente acariciante de antes. Se levantó del asiento, y apartó a un lado al alemán, parándose a encender el cigarro, que se le había apagado. Dio una larga chupada, y expulsó el humo por la boca. El viento se apresuró a barrerlo de la habitación.

Ante la expectación de Stein y de Daney, continuó:

—Creíamos que el fuego acabaría con vosotros, pero, sin duda, arden demasiado despacio los chaparros. No me importa cómo conseguisteis salvaros...

Stein, impaciente, acució:

—Basta de discursos, Pleyer.

El corcovado se volvió hacia él despacio, y preguntó, irónico:

—¿Por qué tanta prisa, Stein?

Bien sabía el porqué de las prisas del alemán. Le veía pasarse la lengua por los labios secos, deseoso de remojarlos con algo más refrescante y apetecible que la saliva, y torcer la cabeza hacia la puerta, escuchando la música y la risa de los invitados a la fiesta. Pero a él le divertía más aquello: los gestos de dolor del prisionero, su expectante ansiedad por saber lo que se le había ocurrido ahora, e incluso la impaciencia de su digno amigo.

Stein fue a replicarle, mas él ya no le escuchaba ni le miraba siquiera. Vuelto de nuevo hacia el prisionero, prosiguió:

—Ignoro cómo conseguisteis escapar. Si tú te salvaste, Ojo de

Halcón no andará lejos. Iremos a buscarle y lo traeremos aquí. Aún sigue en pie el árbol en que pensábamos colgarle.

Daney sonrió, queriendo engañarle:

—Ojo de Halcón no se salvó. Únicamente yo conseguí salir de aquel infierno.

Sentía la mirada de Pleyer obsesionantemente fija en sus ojos. Sus pupilas tenían un irresistible poder hipnótico, como si buscasen hasta el fondo de sus pensamientos.

—Mientes, amiguito. Os salvasteis los dos. Encontraremos a Ojo de Halcón; pero... —guardó silencio, para sacudir la ceniza del cigarro y hurgarse con el palillo en los dientes. Lo hacía deliberadamente, queriendo mantener en tensión los nervios de su prisionero—, pero si no le encontramos, alguien nos dirá dónde está —prosiguió, tras sonreír a Stein, que no comprendía una palabra de adónde quería ir a parar.

El agente especial si adivinó sus intenciones. Sintió frío al pensarlo.

—¿No lo adivinas, Stein? —preguntó el corcovado, volviéndose repentinamente hacia él.

El alemán meneó a derecha e izquierda su cabezota, y gruñó algo así como que no le gustaban los acertijos.

Tras girar rápidamente sobre sus pies, Pleyer barbotó:

—Eres un animal, Stein.

Y luego, ignorándole, sin prestar atención a los puños que se cerraban a su espalda en inofensivo gesto de amenaza, se dirigió a Daney:

—Tú si lo has adivinado. Leo en tus ojos el terror. ¿No te habrás enamorado de ella? Anne es una guapa chica. La traeremos aquí. Si ella no habla, espero que no tengas el corazón tan duro como para seguir callando al verla sufrir...

Reía a carcajadas, divertido por la ira impotente de su prisionero. Daney intentó desatarse, y las cuerdas se clavaron en su carne hasta tintarse de sangre.

—Traeremos también a Pies de Garza.

El agente especial cesó de forcejear inútilmente. Al dolor de las quemaduras, se unió aquel otro de las heridas de las muñecas. Pero él no las sentía. Se figuraba a Anne allí delante, sometida al mismo suplicio que él. Veía su rostro moreno contraído por el dolor; al

corcovado riendo y acercando, pulgada a pulgada, el cigarro encendido a sus hombros. Y a Ojo de Halcón pendiente de un árbol.

Cerró los ojos fuertemente para no ver el trágico espectáculo que creaba su imaginación; pero fue inútil; seguía viéndolo en su subconsciente, oía los quejidos de Anne, sus ayes de dolor, sin poder confesar lo que ella misma ignoraba.

Volvió a abrir los ojos, y paseó la mirada por la habitación, angustiado. Todo allí le era hostil: Pleyer, Stein, y el mismo viento que entraba por la ventana, golpeando los cristales ruidosamente, cual si quisiera romperlos. Sintió frío. El aire enfriaba más y más el agua de sus ropas. Del pelo le caían gruesas gotas sobre el pecho, después de resbalarle por la cara.

Pero no, el frío no era porque estaba empapado. El agua mitigaba el ardor de las quemaduras, mas no conseguía aplacar los gritos angustiados de su conciencia. El deber, ¿podía imponerle el sacrificio de dos inocentes? ¿Debía seguir callando quién era y para qué había ido allí?

Pleyer leyó en sus ojos que su fortaleza comenzaba a debilitarse. Insistió, machacón:

—Mañana mismos iremos a buscarla. Dentro de unas horas. Timare está cerca de aquí.

Sí; él lo sabía. Unas horas pasan pronto; más de prisa de lo que deseamos, cuando ellas nos traen la desgracia o el dolor. Aquel hombre le había preguntado que si amaba a Anne, la hija de Ojo de Halcón. Si hubiese estado más tiempo en Timare, quizá hubiese llegado a enamorarse locamente de ella. Ahora sólo se acordaba de la muchacha porque el corcovado dijo que la traería allí. Pero no, no era únicamente por eso, era porque la había visto besar al mocetón rubio, al hombre que le había llevado a aquella emboscada. Y su recuerdo laceraba su corazón. Quizá estuviese enamorado de ella.

Pleyer remachaba:

—Anne no se resistirá. Nos dirá dónde está su padre y quién eres tú.

Estuviese enamorado o no de ella, el deber le obligaba a callar. Si confesaba a qué había ido a la reserva india, les pondría en guardia. No, no hablaría. Si le mataban, otros hombres del
F. B. I.

seguirían sus pasos hasta detener a aquellos bandidos que eran más que simples estafadores.

Sin saberlo, se repetía las mismas palabras que Jack McKinney dijera antes de ser herido, en las proximidades del Valle de la Muerte: «Vendrán otros hombres del

F. B. I.,

y tendrás que responder de tus crímenes, tarde o temprano».

Y Stein, dominado por su idea:

—Bueno, Pleyer, ¿por qué no subimos a la fiesta? Tengo la garganta seca.

El corcovado, sin volverse:

—Tú siempre tienes la garganta seca. Espera un poco. ¿Es que no te diviertes más aquí que allí arriba?

Las ideas giraban alocadamente en el cerebro de Daney. «¡El deber, el deber! —se repetía una y otra vez—. ¡Anne, Anne!», replicaba otra voz allí dentro, en lo más profundo, de su corazón.

Mas no era sólo Anne, sino también Pies de Garza y Ojo de Halcón. Y, tal vez, el viejo atabasca en cuya cabaña se refugiaba el gordo modoc. ¿Debía sacrificar a aquellos infelices al rígido y frío deber? Y si los sacrificaba, ¿podría seguir luego callando él?

No escuchaba la charla del corcovado ni las quejas del alemán. Tampoco les miraba. Fija la vista en el suelo, pensaba únicamente en aquello.

—Bueno; prefieres que vayamos por ella, ¿no es eso?

Pleyer se levantó despacio del asiento, tiró el cigarro al suelo, se desperezó, bostezando, y recogió la americana, que había dejado encima de una silla. Luego, con deliberada lentitud, metió un brazo por una manga y el otro por la otra, mientras se lamentaba, con hipócrita sentimiento:

—Anne es una buena chica. Yo no le deseo ningún mal. Créeme, lamento que seas tan terco.

—Vámonos ya, Pleyer —insistió Stein, ladeando la cabeza para oír la música, amortiguada por la sordina de la distancia.

—Sí, sí. Ya vamos, Stein. Aún quedan unas horas para divertirnos y para que te emborraches como una cuba. Ya sabes que no se seca fácilmente la bodega de nuestro amigo Jenkins.

Arrastrando los pies pesadamente y chapoteando en el agua, se encaminaron hacia la puerta. Antes de abrirla, Pleyer, se volvió,

para advertir:

—Te doy la última oportunidad, muchacho. ¿Quieres decirnos quién eres y para qué has venido a Idahe? Si no lo haces, ya no podrás volverte atrás. No acostumbro a insistir demasiado...

Tenía la mano puesta en el pestillo.

—Vamos, Pleyer —insistió Stein, machacón.

El corcovado no le hizo caso. Del fondo del bolsillo sacó una llave, que levantó sobre su cabeza para que Daney la viera.

—Nadie vendrá aquí, aunque te desgañites. Esta puerta sólo podemos abrirla míster Jenkis y yo. Pero el señor delegado del Gobierno está demasiado ocupado para preocuparse de ti. Asuntos más importantes le retendrán en el piso de arriba hasta pasado el mediodía —hizo girar el pestillo, con ruido—. Y cuando quiera bajar —prosiguió, tirando suavemente de la puerta—, ya podremos informarle ampliamente de tu asunto. Anne, la bellísima Anne, nos habrá puesto en antecedentes.

La música se oía mejor ahora, y los gritos y las risas de los invitados de míster Jenkis. Aquellos ruidos entraban arrolladores por la puerta abierta de la habitación.

Stein acució impaciente, pasándose la lengua por los labios:

—Tengo la garganta seca.

Pero Pleyer no tenía prisa. Despacio, muy despacio, fue cerrando la puerta tras él, mientras el viento continuaba golpeando los cristales, las hojas de la ventana, contra la pared.

—¡Esperad, esperad!

El corcovado abrió la puerta con mayor precipitación de lo que hubiese deseado. El prisionero iba a confesar. ¡Había vencido!

—Ven aquí, Stein.

El alemán volvió, refunfuñando, maldiciendo entre dientes a Player, al prisionero y a cuanto le impedía asistir a la fiesta de míster Jenkis.

Cerraron la puerta a sus espaldas, y el pestillo rechinó, ruidoso, falto de grasa.

Pleyer no se precipitó para acercarse al prisionero. Stein sí. Cogiéndole de los hombros, le zarandéo, furioso.

—Habla de una vez.

Daney levantó la cabeza, y lo miró con desprecio. El corcovado le había calificado certeramente: aquel hombre era una bestia sin

sentimientos, un animal cuyo raciocinio únicamente le servía para pensar en el placer. Un ser que no se paraba a reflexionar en lo que hacía, con tal de lograr sus propósitos. Un criminal sin inteligencia.

Separó la vista de él para mirar al corcovado: dentro de aquel cuerpo contrahecho alentaban un alma y un cerebro poderosos. Pero alma e inteligencia estaban al servicio del mal. Si uno le producía asco, y desprecio, el otro le causaba horror. Con unos millares de hombres como aquél, la Humanidad derivaría irremisiblemente hacia la perdición...

Quien se impaciento ahora fue el corcovado.

—¿Qué querías?

«¿Que qué quiero, cuando está seguro de lo que voy a decirle? ¿Que por qué les he llamado, cuando no puede contener su alegría por haberme vencido?».

Estuvo a punto de callar de nuevo, pero la imagen de Anne, la ilusoria figura de la muchacha modoc abatida por el dolor, le hizo hablar:

—Quiero deciros quién soy para qué he venido a Idahe. Es inútil que siga callándolo. No habríais conseguido obligarme a confesároslo, a no ser por lo de la muchacha. Ella lo ignora, igual que vosotros...

Guardó silencio un instante, mordiéndose los labios. Le parecía sentir, en sus carnes, las lacerantes quemaduras de la lumbre del cigarro.

Pleyer y Stein, delante de él, de espaldas a la ventana, le escuchaban en silencio.

—Ojo de Halcón murió en el chaparral —mintió—. Sólo yo pude salvarme.

El corcovado sonrió enigmáticamente, mas no hizo ningún comentario. Comprendió que mentía, que si Ojo de Halcón hubiese muerto en el incendio del chaparral, no habría conocido a Anne. Le constaba que trabó su amistad con el modoc encerrados en el mismo calabozo, después de la pelea con Stein.

—Bien; déjate de eso ahora. El indio no nos interesa. ¿Quién eres tú? —intervino el alemán.

El viento continuaba golpeándose contra la ventana, machacón y obstinado.

Daney tragó saliva. Había llegado el momento de faltar a su

deber para impedir el sacrificio de unos inocentes...

CAPÍTULO VIII

Habíamos que alguien estaba estafando a los indios de la reserva. Unos falsos aseguradores sin conciencia, y he venido aquí para descubrirles.

La ventana se golpeó con mayor fuerza que otras veces; pero ninguno de los bandidos prestó atención a aquel ruido. Ambos miraban sonrientes al prisionero, con gesto de suficiencia.

—Y los has descubierto, ¿no es eso? —preguntó Pleyer, irónico.

—Sí; los he descubierto. Aunque me va a servir para poco —afirmó Daney, con amargura. Luego, elevando la voz—: Lo siento no por mí, sino por ellos, por esos pobres indios, a los que vuestra rapacería convierte en desconfiados y hostiles hacia los blancos. Por los modocs, a quienes vuestros crímenes no les hace sentirse ciudadanos de un país libre como el nuestro. Algún día, ese odio que inculcáis en sus corazones les conducirá a una guerra desesperada y suicida contra nosotros —se exaltaba al hablar—. En cuanto a Jenkins, ese delegado del Gobierno, que sólo piensa en perseguir a los indios como si fuesen alimañas...

—Cállate —intervino Stein, golpeándole en la cara—. Míster Jenkins hace lo que mejor le parece.

Y luego, el corcovado, silabeante, tranquilo e irónico:

—No nos has dicho quién te ha enviado aquí para descubrir a los malvados estafadores de los indios. ¿Por qué no lo haces?

Daney tardó en contestarles. Puesto que todo estaba descubierto, ya no importaba decirles quién era él. Que supieran del sacrificio de un hombre del

F. B. I.

en aras de la justicia y en holocausto de los más débiles.

Pleyer y Stein esperaban su contestación. El uno, tranquilo; el

otro, impaciente. Levantó la cabeza para mirarles de frente, retador en su impotencia, sereno en el peligro.

—Queréis saber quién me ha enviado aquí, ¿no es eso?

El corcovado asintió con la cabeza, y Stein gruñó algo ininteligible.

Todavía tardó en contestar Daney. Cuando lo hizo, el alemán no pudo reprimir un movimiento de retroceso, cual si el hombre que tenía ante ellos maniatado e impotente pudiera levantarse de la silla y atacarles, en nombre de la Justicia, a la que representaba.

—Me envía el

F. B. I.

Soy el agente especial... —por un momento relampaguearon sus ojos, y un gesto de asombro se dibujó en su rostro. Acababa de ver algo inconcebible, algo que hizo latir su corazón al impulso de una postrer esperanza de salvación—. Soy el agente especial Tim Daney, de San Francisco.

Su voz era más firme, más serena. Quiso volver la cabeza, quitar la vista de aquello que llamaba tan poderosamente su atención; pero no podía. Pleyer, el corcovado, vio su gesto de asombro, y le volvió la espalda para mirar a la ventana, adonde parecía que se dirigía su mirada. Una maldición escapó de sus labios. Intentó llevarse la mano al sobaco para empuñar la pistola que colgaba bajo él, más una voz autoritaria le conminó a desistir de su propósito:

—Quieto, Pleyer.

Stein se volvió también al oír hablar a su espalda. Sus ojos se dilataron por el espanto. Conocía perfectamente al hombre que les apuntaba, con el reluciente «Smith-Wesson». Comenzó a sudar. No dejó escapar maldición alguna; pero, en cambio, hizo unos ruidos extraños con la garganta, tragando saliva con precipitación.

—No..., no puede ser —habló luego, tartamudeando y pasándose la mano por la frente, como si quisiera alejar de su imaginación una pesadilla obsesionante.

—Claro que puede ser, Stein.

Stein era supersticioso. Si aquel hombre había muerto, ¿cómo estaba allí, amenazándoles con un revólver? Tenía que ser un fantasma. Sí; eso era, un fantasma. Adelantó unos pasos, extendidas las manos al frente, con ánimo de cerciorarse de si aquel hombre era una visión o un ser real. Para alejar el temor que invadía su

corazón, reía a carcajadas...

Se detuvo en seco, al oír decir:

—Levanta los brazos, Stein. No volveréis a atraparme de nuevo.

No, no era una visión creada por su imaginación. Aquel hombre era el que...

Levantó los brazos, precipitadamente. Como la mayoría de los asesinos, el corpulento alemán era un cobarde. Temblaba al solo pensamiento de que el recién llegado pudiese apretar el gatillo del revólver y...

—¡No dispaes, no dispaes! —gritó, congestionado.

—Cállate, Stein —aconsejó Pleyer, sin perder la tranquilidad—. Hemos perdido esta vez. Algún día debía ser.

Daba pruebas de rara conformidad. Los brazos en alto y la fría mirada fija en el hombre que había entrado por la ventana sin que le viesen ni le oyeran.

Ahora ya no se acordaba Stein de la fiesta, aunque sentía su garganta seca como nunca. Tenía miedo a morir, miedo a que disparasen contra él.

—Volveos de espaldas a mí y avanzad hacia la pared.

Obedecieron de mala gana.

—Y tú, Pleyer, deja quietas las manos.

Disimuladamente iba bajando los brazos. Los levantó de nuevo cuanto pudo, y avanzó en dirección a la pared, despacio, con absoluta tranquilidad o desprecio hacia el hombre que le apuntaba con el revólver por la espalda.

Daney les seguía con la vista. No acababa de comprender lo que estaba sucediendo. Si el mocetón rubio le había tendido aquella emboscada, ¿cómo acudía ahora en su ayuda? ¿Quién era aquel hombre que consiguió burlar la vigilancia de los guardianes y entrar en la casa? Se fijó en su rostro, y sus miradas se cruzaron un instante. El mocetón rubio sonrió. La roja cicatriz se destacaba más que nunca, como una herida abierta en su sien...

Pero el corcovado no era hombre que se entregase fácilmente. Tenía muchos crímenes en su conciencia, mucho de que responder ante la Justicia, y le importaba muy poco jugarse la vida en un intento desesperado por salvarse.

Antes de llegar a la pared, la silla aquélla, frágil y ligera, ofreciéndosele tentadora. Todo era cuestión de distraer la atención

de su enemigo. Un segundo sería suficiente para sacar él su pistola y disparar. Deliberadamente se encaminó hacia la silla.

—Arrímaos a la pared —ordenó el mocetón rubio—. Tú, Pleyer, ¿qué haces?

Sólo tuvo tiempo de dar un salto para esquivar el golpe. El corcovado habíase agachado. Cogiendo la silla, la lanzó contra él, con todas sus fuerzas.

La silla se estrelló con estruendo contra el suelo.

Luego, dos disparos. Dos estampidos secos, que resonaron atronadores en el silencio de la noche.

Stein se abalanzó sobre el mocetón rubio. Lamentó no tener una pistola también, aunque de poco le había servido a Pleyer. Éste, los brazos colgantes y un gesto de asombro en su flaco rostro, iba deslizándose suavemente al suelo, arrimado a la pared. Un hilo de sangre fluía de su pecho, dibujando una roja línea en su camisa, para extenderse más y más en un círculo enorme. Estaba muerto.

—¡Cuidado, muchacho! —gritó Daney.

Pero ya era tarde. El mocetón rubio, atento al corcovado, habíase olvidado de su otro enemigo. Las manazas del alemán cogieron su muñeca y se la retorcieron. Ahora se encontraban los dos en igualdad de condiciones. El «Smith-Wesson», cayó al suelo.

Lucharon, golpeándose con ferocidad. Del resultado de aquella lucha dependían sus vidas. Daney intentó desatarse, mas sólo consiguió profundizar las heridas de sus muñecas y aumentar su dolor. Tuvo que limitarse al papel de simple espectador, de espectador de un drama en que su vida estaba también en juego. Si el mocetón rubio no lograba vencer a Stein, él moriría asimismo. Ni el alemán ni sus hombres le dejarían escapar.

Por eso seguía las incidencias de la lucha con angustiosa expectación. Stein y el mocetón rubio, caídos en el suelo, peleaban abrazados, jadeantes y furiosos.

Y los minutos contaban en el gran reloj del tiempo. Seguramente habrían oído las detonaciones, y no tardarían en acudir en ayuda del alemán. A la angustia de la lucha incierta, se añadía la inquietud de la espera de nuevos enemigos.

El mocetón rubio también sabía aquello. Por eso intentaba asestar un golpe definitivo a Stein. Pero éste no se dejaba vencer fácilmente. Eran inútiles las llaves de «*jiu-jitsu*» que empleaba su

contrincante. Siempre conseguía escapar de ellas.

Un golpe debajo de la barbilla hizo retroceder al mocetón rubio, tambaleándose semiinconsciente, y Stein decidió terminar de una vez. Acababa de ver un revólver, caído en el suelo, cerca del prisionero. Sólo tenía que agacharse y recogerlo.

Daney seguía sus movimientos con la mirada. Adivinó su pensamiento. El mocetón rubio no había conseguido reponerse del golpe, y se sostenía difícilmente sobre las piernas. Aquello era el fin para los dos. Stein ya se agachaba a recoger el revólver junto a él, sin mirarle siquiera, pensando solo en matar.

El cadáver de Pleyer, caído en el suelo y con la espalda apoyada en la pared, parecía seguir también los movimientos de su compañero, con su fija mirada sin vida.

Sin saber por qué, el agente especial escuchó, atento una fracción de segundo. La música, las risas y las voces continuaban oyéndose allí arriba. Pero ¿por qué se ocupaba de aquello? ¿Qué importaba si Jenkins y sus amigos seguían divirtiéndose? Había algo más importante, algo que tenía importancia capital para ellos: la mano de Stein tocaba ya el revólver caído en el suelo. El corpulento alemán hallábase a su lado, el cuerpo arqueado, resoplando. Si conseguía coger el arma...

Su amigo estaba demasiado lejos para impedirlo; pero él, no; él podía intentar algo. Por ejemplo...

De un impulso poderoso se echó hacia atrás, estiradas las piernas. El alemán no llegó a coger el revólver. Sintió un golpe brutal en la barbilla, al tiempo que el agente especial del F. B. I.

rodaba por el suelo, arrastrando la silla en la caída.

El alemán también cayó al suelo, desplomado. El golpe que Daney le dio con los pies fue demasiado fuerte para resistirlo. Entonces, el mocetón rubio se precipitó sobre él, y le volvió hacia arriba.

—Buen golpe, Daney —exclamó—. Espera un poco; ahora te desato. Antes voy a poner a éste en condiciones de que no pueda molestarnos.

Daney, caído en el suelo, no le escuchaba. Le había parecido oír que alguien se acercaba hacia allí.

—Ya vienen. Cuidado —advirtió, en voz baja.

El mocetón rubio suspendió la labor de atar a Stein con su propia correa, y se precipitó a la puerta, empuñando el revólver. Se arrimó a la pared. Los segundos se dilataban con la angustia de la espera.

Alguien hurgó en el pestillo, y abrió la puerta despacio. La boca de un rifle fue lo primero que vieron, y luego, la cabeza de un hombre barbudo y pelirrojo.

El mocetón rubio no esperó a que entrase del todo. Un golpe con la culata del revólver fue suficiente para hacerle desplomarse sin sentido. Venía solo. Tiró de él, y lo metió en la habitación a rastra. Después cerró la puerta con llave, para dedicarse a atar y amordazar a Stein y al nuevo enemigo.

—Date prisa, date prisa.

La indefensión de encontrarse en aquel estado ponía pavor en el corazón de Daney. Le urgía ponerse en pie, poder mover las piernas y los brazos, ayudar al que consideró su enemigo hasta que le vio aparecer en la habitación. Le urgía estar libre.

Cuando el mocetón rubio cortó las cuerdas, le pareció que le sacaban de un estrecho e infecto calabozo. Respiró el aire con ansia, y se puso en pie. Había desaparecido la opresión que las ligaduras producían sobre su pecho. ¡Era libre otra vez, y se lo debía a aquel hombre que él mismo ignoraba su identidad!

Le tendió la mano, y el otro se la estrechó con fuerza. De su rostro había desaparecido el gesto de incertidumbre y ansiedad que le caracterizara antes. Su mirada era más firme, más segura. Sonreía, satisfecho.

—Bien, Daney. Ya estamos otra vez juntos —comentó—. Me costó trabajo deshacerme del vigilante. Por eso no pude acudir en tu ayuda antes. Pero los hombres del

F. B. I.

siempre conseguimos salirnos con la nuestra.

—¡Los hombres del

F. B. I.!

—exclamó Daney, con asombro—. ¿Es que tú...?

La sonrisa se acentuó en los labios de su interlocutor.

—Ya sé quién soy y lo que hago en Idahe. No soy ningún bandido ni ningún asesino. He recordado todo al oírte hablar a ti. Hacía unos minutos que estaba aquí. Te he oído todo, y tus palabras

han despertado mis recuerdos —hizo una pausa, mirando a la ventana, por la que el viento, machacón, saltaba a la habitación silbando—. Mucho antes que tú —prosiguió— supe que Stein y Pleyer eran los falsos aseguradores que estaban estafando a los indios de la reserva. El jefe me envió aquí, para descubrirlos y detenerlos. «¡Un servicio fácil!», me aseguró.

—Entonces, ¿tú eres...? —le interrumpió Daney sin poder dar crédito a sus palabras.

Y él:

—Sí; yo soy Jack MacKinney. Recuerdo cuando me llevaron engañado hasta el Valle de la Muerte, y recuerdo cuando él disparó contra mí... —apretaba los puños, furioso—. Me había atado a un árbol, y no podía defenderme. Aquello era un asesinato a sangre fría. Pero a él le importaba poco cargar su conciencia con el peso de un nuevo crimen.

El recuerdo de lo sucedido aquel día ponía temblores de indignación en sus labios y en su voz. Mientras hablaba iba atando mejor a los prisioneros con las cuerdas que antes sirvieron para sujetar a Tim Daney a la silla. Éste le escuchaba en silencio.

—Pero Dios no permitió que muriese en aquella ocasión —prosiguió McKinney—. Anne y su padre pasaron por allí. Anne fue mi enfermera. ¡Ella me salvó! Sus ojos me miraban anhelantes cuando abrí los míos. Desde entonces, la amo con todo mi corazón...

Un silencio pesado gravitó sobre ellos después de estas palabras.

La imagen de la muchacha modoc vino a la memoria de Daney, traída en alas de su imaginación, y algo parecido a la angustia atenazó su garganta.

—Ella también me ama. Estoy seguro de ello —afirmó McKinney.

Daney no hizo comentarios. Procuró cambiar de conversación:

—Entregaremos a Stein al delegado del Gobierno. Ya no me importa decirle que soy un agente especial del

F. B. I.

Nuestro servicio ha terminado.

McKinney, que acababa de amordazar a Stein, se levantó despacio, y quedó frente a su compañero.

—¿Conque piensas entregar nuestro prisionero a Adam Jenkis?

Buena idea, muchacho —ahora era él quien llamaba muchacho a Daney—. ¿Sabes cuánto tiempo tardaría en ponerle en libertad?

Daney meneó la cabeza, dubitativo.

—Pues, la verdad, no sé qué quieres decir.

McKinney paseó por la habitación a largas zancadas. No pareció oírle. Aún no hablan acabado aquel servicio, que sus jefes calificaron de muy fácil. Todavía faltaba llevar a cabo la parte más importante de él.

—No entregaremos Stein a Jenkins —afirmó.

Daney le observaba, intrigado. ¿Qué quería decir con aquello? ¿Qué iban a hacer, si no, con el prisionero?

El rubio agente del

F. B. I.

seguía paseando por la habitación. Luego, de pronto, detuvo sus pasos, y escuchó, atento. Tim Daney escuchó también. No venía nadie hacia allí. No se oían más ruidos que los de la fiesta del piso de arriba.

Y exclamó, enigmático:

—Poco tiempo te queda para divertirme, amigo Jenkins. Está llegando el final de tu carrera de crímenes. Bebe cuanto *whisky* quieras y baila hasta que caigas al suelo rendido...

Mientras así hablaba, recogió el revólver del suelo. Lo secó con el pañuelo, y se lo colgó al cinturón.

—Coge la pistola de Pleyer —ordenó a su amigo.

Daney le obedeció sin rechistar. El gesto de asombro no había desaparecido del blanco rostro del corcovado, y sus ojos seguían mirándoles fijamente, tan fijamente, que su mirada le hizo estremecerse.

—Ya la tengo, McKinney.

Sin mirar a su compañero, el agente rubio replicó autoritario:

—Entonces, vamos —pero antes de abrir la puerta, se volvió a él, y señaló la cicatriz de su sien con un dedo—. Adam Jenkins fue quien disparó contra mí en el Valle de la Muerte. Quise entregarle a Stein y Pleyer, y él me hizo ir hasta allí. ¡Cómo iba a dudar del delegado del Gobierno! Jenkins amparaba y dirigía a los estafadores; pero lo supe demasiado tarde...

Levantó el pestillo, y abrió la puerta. Daney salió detrás de él...

CAPÍTULO IX

El amplio vestíbulo estaba solitario. Sólo una lámpara de cinco brazos, colgada del techo, lucía en él. El portero dormitaba en un rincón, a caballo sobre una silla y los brazos apoyados en el respaldo.

Daney y McKinney se deslizaron por el vestíbulo como dos sombras, sin hacer ruido. El portero siguió roncando.

Un borracho, de bruces en los primeros peldaños de la escalera, les estorbaba el paso. Saltaron por encima de él.

Conforme subían por la escalera, el alboroto iba en aumento. Voces gangosas, gritos desafinados acompañando a la música, un ruido infernal. Ellos ascendían lentamente, arrimados a la pared.

Alguien salió del piso alto, y llamó a gritos:

—¡Peter, Peter!

Los agentes especiales del

F. B. I.

detuvieron sus pasos, y se arrimaron aún más a la pared. Si aquel hombre les veía allí, no tardaría en dar la alarma.

—¡Peter, Peter! —siguió llamando el desconocido, descendiendo unos escalones.

Seguramente hubiera seguido bajando, de no impedírselo una mujer que salió en su busca.

—¡Ah, pillín, no te escaparás! —gorjeó, hipando flatulenta.

El desconocido forcejeó un instante, y luego se dejó arrastrar por la mujer al interior del piso. Ambos estaban borrachos y se tambaleaban al andar. Peter debía ser el beodo que dormitaba al pie de la escalera.

—Vamos para arriba —ordenó McKinney, en voz baja, a su amigo.

Continuaron subiendo, sin separarse de la pared. Les faltaban dos escalones para llegar al piso, cuando la puerta se abrió de nuevo. Un vejete, embutido en un traje negro lleno de lamparones, salió apresurado. Apenas si les miró al pasar por su lado. Le corría prisa llegar a algún sitio, pues se apretaba el estómago con una mano, y con la otra la boca. Antes de llegar al vestíbulo, se apoyó en la barandilla, y asomó la cabeza por el hueco de la escalera. Había bebido demasiado, y algo le estorbaba en las recónditas interioridades de su flaco cuerpo...

Daney y McKinney llegaron al piso. Por la puerta, entornada, se escuchaba un barullo infernal: pataleo, gritos, chocar de vasos, música.

La abrieron del todo, y entraron. Un salón enorme, donde el olor de las bebidas se mezclaba con el del humo, y éste formaba una nube espesa, como una muralla frágil y quebradiza.

Tardaron en ver lo que había allí. Al fondo del salón, un largo mostrador, en el que se apoyaban los bebedores, insaciables. Un poco más a la derecha, la orquesta: un pianista greñudo y abotargado; un violinista enteco, rascando el instrumento con ojos lánguidos y estúpida sonrisa en sus labios; un saxofonista ruidoso y gesticulante, y el negro que tocaba el «jazz-band», como si aporrease una batería de cocina.

Las parejas bailaban al compás de aquel ruido ensordecedor, si se puede llamar bailar al que una mujer y un hombre se agarren por la cintura y crucen un salón a saltos, o apoyándose el uno en el otro para no caerse, vencidos por el peso muerto del alcohol.

Bailaban y se divertían, quien más y quien menos, sin saber ya lo que se hacían.

Un hombrecillo, tuerto del ojo derecho, salió a recibir a los recién llegados. Difícilmente podía tenerse en pie, pero quería dar la sensación de hallarse completamente normal. Andaba con los brazos ligeramente extendidos hacia los lados, para poder mantener el equilibrio cual si anduviera por la cuerda fija.

—¡Hola, amigos! —gritó, acercándose a ellos, con muestras de regocijo—. ¿Dónde os habéis metido? He estado buscándoos toda la noche. Con alguna chica, ¿eh? —guiñó el único ojo sano, y se dejó caer pesadamente encima de Daney—. No está bien lo que habéis hecho —prosiguió, cogiendo a McKinney del brazo—. No, no está

bien. Debería enfadarme con vosotros —bajó la voz—. Pero si ha sido por una chica...

Sin venir a cuento, prorrumpió en una estruendosa carcajada, rematada por un ruidoso eructo.

Daney y el otro agentes especial trataban, inútilmente, de deshacerse del borracho, a quien no habían visto en su vida hasta entonces.

—Vamos a beber —propuso el tuerto, alegremente, tirando de ellos.

Se consultaron con la mirada. Mejor sería seguirle, para no llamar la atención. No veían a Jenkis entre los bailarines. Quizá estuviera en el mostrador.

Y se dejaron conducir por el borracho, quien marchaba, contoneándose, entre los que él llamaba sus viejos amigos.

—A ver: *whisky* para tres —gritó el tuerto a un zafio camarero que asomaba la nariz por detrás del mostrador.

Una chica rubia y pecosa, encaramada en un alto taburete, miró a los recién llegados con extrañeza. Llamó su atención la suciedad y lo destrozado de sus ropas. Al fijarse en la cara de Daney, dejó escapar un grito.

—Está usted herido —dijo, señalándole el ojo amoratado y los cardenales que Stein le hiciera al golpearle.

El tuerto se interpuso entre los dos, levantando la mano, con gesto de cómica amenaza.

—Vete de aquí, mujer del demonio. ¿Quieres quitármelos de nuevo? Son mis amigos, ¿sabes? He estado esperándoles toda la noche para beber. ¡Hip! —hipó, echándole el aliento a la cara—. No lograrás convencerles de que se vayan de mi lado otra vez. ¡*Whisky*, camarero! Uno para mí y dos para mis... —se volvió hacia el mostrador, y se quedó con la mano en alto, moviendo el dedo y la cabeza, dubitativo—. ¡Eh! ¿Dónde están? Ya..., ya se han ido otra vez... —gimió.

Tambaleándose giró sobre los talones, y apoyó la espalda en el mostrador.

—El *whisky*, señor —dijo el camarero, dejando un vaso a su lado.

Pero el tuerto no le oía. Estirando el cuello y parpadeando el único ojo sano, trató de atravesar la cortina de humo con la vista.

—¡Ahí Allí van! Míralos. ¿No los ves?

A la chica del taburete ya no le interesaban los desconocidos. Un hombre, gordo y mofletudo, la dentadura de oro y los dedos cargados de sortijas, le hablaba algo al oído. Los dos reían a carcajadas.

El tuerto se apartó de allí. Le costó trabajo separar la espalda del mostrador, que parecía atraerle como un imán, y no quiso echar a correr detrás de «sus amigos».

—¡Chicos, esperad! —gritaba, gesticulando vigorosamente.

Alguien le puso la zancadilla, y rodó por el suelo. Las risas aumentaron.

Mas el tenaz hombrecillo no tardó en ponerse en pie. Primero adelantó unos pasos a cuatro manos, y luego, cogiéndose a los faldones de la americana de un caballero barbudo y carilargo, siguió su camino a saltitos. Marchaba alegre. Sus amigos estaban a pocos pasos de allí. Le esperaban. Al verlos brotaron abundantes lágrimas de sus ojos, lágrimas de agradecimiento.

—¡Eh! ¿Adónde vais?

Les tocó en el brazo. Ninguno de los dos se volvió. Uno de ellos le empujó sin ningún miramiento, y fue rodando unas yardas por entre los pies de los bailarines.

Adam Jenkins, el anfitrión, estaba en el centro del salón. Sus dedos acariciaban el rostro y el pelo de una muchachita rubia, con la cual pretendía seguir los compases de la música. Mister Jenkins había bebido con exceso, y sus pies se negaban a obedecerle, a pesar de ser un notable bailarín.

Sintió que le golpeaban suavemente en el hombro, pero no volvió la cabeza.

—Jenkins; suelta a esa mujer. Éste es tu último baile.

Mister Jenkins dejó de acariciar los cabellos de su dama, y la muchachita rubia se soltó de sus brazos. El delegado del Gobierno giró sobre los talones para ver quién se atrevía a interrumpirle.

Primero no vio más que dos hombres altos y corpulentos. El uno, rubio, y el otro, moreno.

—¿Qué..., qué queréis? —tartamudeó.

—Vas a venir con nosotros.

—¿Con vosotros? ¿Por qué? ¿Quiénes...?

No acabó la frase. Se restregó vigorosamente los ojos, y en su

cara se dibujó un gesto de irreprimible miedo y estupor. Retrocedió, con las manos por delante, como hiciera Stein al ver a McKinney. Algunas parejas dejaron de bailar, y se apartaron a su paso y al de los dos hombres, que avanzaban hacia él serios y silenciosos, sin sacar la mano derecha del bolsillo de la americana. También él pensó que aquello no podía ser más que una pesadilla. Él mismo mató a McKinney, y lo dejó en el Valle de la Muerte. El otro pudo escapar del incendio del chaparral; pero McKinney, no. El vio cómo le corría la sangre por la frente. Claro, eran dos fantasmas. Había bebido demasiado. Tragó saliva, y se pasó la mano de nuevo por los ojos, cerrándolos fuertemente. Cuando los abrió otra vez, aquellos dos hombres estaban aún allí, delante de él, a unos cinco pasos.

—Adam Jenkins: eres un asesino.

Sí; era un asesino. Lo sabía, y no le reprochaba la conciencia por ello. Ya veía mejor. Las borracheras suelen disiparse por una emoción fuerte. Poco a poco, fue recobrando su sangre fría. Nunca pensó en fantasmas hasta entonces, y era absurdo pensar ahora en ellos. Era un hombre sano, y no se dejaría dominar por burdas supersticiones. Si McKinney y Daney estaban allí era porque no habían muerto. A veces, los hombres tienen demasiada resistencia.

—Adam Jenkins: quedas detenido en nombre de la Ley.

Los bailarines se apartaron prudentemente de los tres hombres. Adivinaban lo que los dos jóvenes guardaban en el bolsillo derecho de sus americanas.

El tuerto, una vez consiguió ponerse en pie y localizar a «sus amigos», se encaminó, obstinado, en dirección a ellos.

Jenkins sonrió, imperceptiblemente. «Detenido en nombre de la Ley», se dijo. Detenido en nombre de la Ley, que él representaba y de la que tan mal uso había hecho. Dirigió la mirada en derredor; rostros inexpresivos, que le miraban estúpidamente. Hombres tambaleantes y mujeres borrachas. El violinista, rascando su instrumento briosamente, y el del saxofón, congestionado de tanto soplar. El pianista sacudía sus melenas al compás de la música.

Más allá, los eternos bebedores, arrimados al mostrador, tras del cual el zafio camarero se multiplicaba para apagar su insaciable sed...

—Está bien, muchachos. Vosotros ganáis.

Hizo un gesto con la mano en el aire.

—¡Eh, chicos! ¿Por qué os escapáis?

El tuerto volvía a la carga. Fue a coger por el brazo a McKinney, cuando sonó una detonación. Jenkins valoró mal la destreza de los agentes del

F. B. I.

en el manejo de las armas. Aun cuando no hubiesen estado empuñando sus pistolas, dentro del bolsillo de la americana, habrían frenado igual sus suicidas deseos de atacarles. Antes de que llegara a llevarse la mano al sobaco para sacar la pistola, ya McKinney había disparado. La bala le atravesó la mano de lado a lado.

—Quítale la pistola, Daney —ordenó McKinney a su compañero.

Algunos de los asistentes a tan inesperado final de fiesta quisieron intervenir; pero los agentes del

F. B. I.

les tuvieron a raya con sus armas.

El tuerto borrachín palmoteó, divertido.

—Si sus inteligencias están en condiciones de asimilar alguna idea —advirtió McKinney, levantando la voz— procuren no molestarnos. Adam Jenkins deja de ser el delegado del Gobierno desde este momento, para convertirse en un reo de la Justicia. Le detenemos en nombre del

F. B. I.

De pronto se hizo el silencio en derredor de ellos. Los músicos dejaron de tocar, y estiraban el cuello, curiosos, por encima de los bailarines. Sólo los bebedores continuaban arrimados al mostrador, trasegando, incansables, el líquido a sus estómagos.

Sin volver la espalda a los invitados a la fiesta, por si a alguno se le ocurría atentar contra ellos, salieron del salón, llevando a su lado a Jenkins.

El borracho continuaba tendido al pie de la escalera, resoplando ruidosamente, y el pacífico portero seguía durmiendo, a caballo en la silla, con los brazos apoyados en el respaldo.

—Vamos a ver al juez Jimson —ordenó, más que propuso, McKinney—. Él nos dirá en qué hombres podemos confiar para llevar a éste a San Francisco.

El juez Jimson, recto y amante de la Ley, había sido depuesto por Adam Jenkins al no avenirse a cumplir sus mandatos. Vivía

retirado en una casa de las afueras de la población. Daney aporreó vigorosamente la puerta, y el juez salió a abrirles en persona. Un cincuentón, de rostro inteligente y amable.

—¡Hola, Jenkis! ¿Cómo tú por aquí, a estas horas? ¿Ha terminado ya la fiesta?

—Perdone, míster Jimson. Jenkis no viene a visitarle. Le traemos nosotros.

El vivaracho juez no se había percatado de la presencia de los dos desconocidos. Fijó sus ojillos en ellos, y dejó escapar una exclamación de asombro:

—¡Ah! Pero ¿es usted, McKinney? ¿Cómo es posible? Adam Jenkis afirmó que lo encontraron a usted ahogado en el Tulare.

—Pues soy yo, en carne y hueso. Por desgracia para él, aquel hombre no era yo.

El juez se hizo a un lado, sin dejar de mirar al agente especial con asombro.

—Ahora comprendo su interés en que no le viéramos sus amigos. Pero ¿qué le trae por aquí?

McKinney señaló a Jenkis con la mano.

—Tendrán ustedes un nuevo delegado del Gobierno. Nos llevamos detenido a Jenkis. Necesitamos varios hombres de confianza para que le conduzcan, a él y a Stein, a San Francisco.

El amable juez asintió con la cabeza, y sonrió complacido.

—Ya era hora que acabase todo esto —suspiró—. Tendrán ustedes cuantos hombres quieran para esa misión. El amigo Jenkis se estaba haciendo demasiado impopular, para que le guarden un grato recuerdo.

Daney no separaba el cañón de la pistola de los riñones de Jenkis.

Fuera, comenzaba a amanecer. Amanecer en el cielo y en la tierra, una nueva aurora en la reserva india. Los hombres del F. B. I.,

adelantados de la Justicia y de la Ley, llevaban, con su esfuerzo y su sacrificio, la paz y la tranquilidad a aquellas tierras, y ganaban ciudadanos, conscientes para la Unión. Los modocs se sabrían ahora defendidos y amparados por la Ley, y el odio o el recelo que albergaban en sus pechos hacia los blancos les irían desapareciendo poco a poco.

McKinney y Tim Daney eran dos misioneros de la Ley y el Orden...

EPÍLOGO

¡De prisa, de prisa; vamos a llegar tarde!

Tim Daney, el agente especial del

F. B. I.

volvía a Timare, el poblado de los modocs. Detrás de él, caballero en un pesado potro ceniciento, el tuerto borrachín, pugnaba por alcanzar a su amigo. Porque, al fin, consiguió hacerse amigo de verdad de ellos.

—¡Qué quieres que haga, si éste no puede correr más! —gritó, desgañitándose.

—Espolearle con fuerza —replicó Daney.

La campana de la vieja iglesia, que fundaran los misioneros españoles en Timare, repicaba sin descanso, y el eco les traía el alegre tañer, las voces metálicas anuncio del fausto acontecimiento.

Un perro ladrador les salió al paso cuando entraron en el pueblo.

—Allí van, Philip —gritó Daney al tuerto, señalando a la lejanía —. Vamos a dejar aquí los caballos.

Descabalaron de un salto, y ataron los caballos a un pilar de piedra.

Aquello parecía una población abandonada. Ni un alma por sus calles. Ni chicos ni grandes. Tan sólo el perro, que seguía ladrándoles, obstinado y dando vueltas alrededor de ellos.

—Vamos; apresúrate.

El tuerto se apresuraba, pero tenía las piernas demasiado cortas para andar a la misma velocidad que su acompañante. Por eso corría a saltitos, jadeando fatigado. El polvo del camino puso motas blancas en sus ropas y en sus zapatos, y él iba sacudiéndoselas mientras corría.

Daney no se preocupaba por tan poca cosa. Lo importante era

llegar a tiempo, antes de que el padre Teodoro se enfadara por su tardanza.

Cuando llegaron a la iglesia, la comitiva estaba ya dentro de ella. Hombres de rostro color de bronce y ojos oblicuos, y mujeres atabascas. Todos, arrodillados. Serios, unos; sonrientes, otros. Fuerte olor a incienso.

Los novios no estaban aún ante el altar. Esperaban a alguien. Dany entró como una tromba en la sacristía. Miró el reloj. Se había retrasado media hora.

—Llego..., llego un poco tarde —tartamudeó, azorado.

Pero no estaba azorado, por llegar tarde, sino por ella. Por Anne. ¡Qué bonita, con su traje blanco y su diadema en la cabeza! ¿Una india? No, una mujer, con la que él se hubiese casado de buena gana, si no estuviera allí el mocetón rubio. Pero se le adelantó, y...

El tuerto entró sofocado, dando saltitos. La alegría le retozaba por el único ojo sano. Sus nuevos amigos eran dos héroes para él. Sonreía estúpidamente, palmoteando al novio en el hombro, mientras se sacudía las motas de polvo del traje.

El padre Teodoro acudió, regañando:

—Es muy tarde ya...

Daney miró a su amigo. Después de todo, Anne había sabido elegir. Jack McKinney era un guapo mozo.

Entraron en la iglesia. El altar refulgía de luces. Era fiesta mayor en el poblado.

—Aquí el padrino —dijo el sacristán, colocando a Daney en su sitio.

Luego tuvieron que llamar de nuevo su atención. ¿Qué significaba aquello? ¡El viejo Flecha Certera en la iglesia! Seguramente no era él. Pero sí. ¡Claro que era! Estaba arrodillado junto a Ojo de Halcón, embutido en un absurdo y mal cortado traje de paño que sacara Dios sabe de dónde para aquel acontecimiento. Con frecuencia estiraba los brazos, molesto, para sacar las manos de las mangas, demasiado largas. Ojo de Halcón vestía el traje de los domingos.

—Mira para aquí, hijo —rogó el sacerdote.

—Perdone, padre. Es que acabo de presenciar un milagro. Sonrieron los dos.

Pies de Garza, más opulenta que nunca, miraba de soslayo a los

novios, y el pecho le subía y bajaba al compás de los latidos de su corazón. ¡Su Anne casada con un blanco! Pero ¿por qué no? Ella era bonita. Se había educado en San Francisco y, además, creía en Dios, en el Dios de los cristianos, en el Dios verdadero. Abombó aún más el pecho cuando oyó decir al sacerdote:

—Yo os declaro marido y mujer.

Ya estaban casados. Anne salió del brazo del novio, de su marido, y la alta silueta de Flecha Certera se recortó sobre la cabeza de los demás invitados saludándoles ceremonioso al lado del feliz Ojo de Halcón.

Era fiesta mayor en Timare. Todos, chicos y grandes, estaban allí reunidos. El perro ladrador seguía dando vueltas en derredor del tuerto.

Daney hizo pararse a la comitiva. Tenía que darles una noticia.

—Bueno —dijo, carraspeando—. Supongo que volverás a San Francisco, ¿no es eso, McKinney?

El agente especial no le contestó y paseó su mirada por los circunstantes con tristeza. Se había encariñado con aquellas gentes humildes y trabajadoras: Ojo de Halcón, Pies de Garza y el mismo Flecha Certera, el desterrado de la cabaña solitaria. ¡Cuánto se podría hacer por ellos con buena voluntad!

Las campanas seguían tañendo alegres. Pies de Garza lloraba.

—Sí, claro que volveré a San Francisco —replicó al fin—. Nuestro servicio ha terminado aquí.

—El mío, Jack. A ti te queda todavía mucha labor que realizar. Los hombres del

F. B. I.

no sabemos nunca cuándo empieza ni cuando acaba un servicio. Espero que el tuyo dure muchos años entre los modocs.

Mientras hablaba, se desabrochó la americana, sacándose un sobre cerrado y sellado del bolsillo interior.

—Toma: es para ti.

—Departamento de Estado —leyó McKinney en voz alta—. ¿Qué es esto?

Daney buscó al tuerto con la vista y le guiñó un ojo. Éste replicó, torciendo la boca en un signo de inteligencia.

—Ábrelo.

McKinney rasgó el sobre, visiblemente nervioso. Algunos de los

invitados se empujaban sobre la punta de los pies para mirar por encima de su hombro el papel que leía el agente especial.

—¡No, no puede ser! —exclamó, al cabo del rato—. ¿Yo... yo delegado del Gobierno en la reserva?

—¿Por qué no, Jack? ¿Piensas hacerlo peor que Adam Jenkins?

McKinney leyó de nuevo el documento y apretó la mano de su mujer.

—Ya no tenemos que irnos a San Francisco, Anne...

Se miraron a los ojos y sonrieron felices.

—¡Fuera, chucho!

Un aullido largo. El borrachín tuerto habíase quitado de encima la molesta compañía del obstinado perro ladrador...

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

LO VERDADERO DE
LAS PIRAMIDES
LOS TEMPLARIOS
LUZ Y TINIEBLAS
EL HORROR NAZI
SUEÑOS Y VIDA
DELINCUENCIA
LA TORTURA
EN TRANCE
SATANAS
SADISMO
LUTERO
EL F.B.I.
DRACULA
EL AÑO 2001

LA INQUISICION
LOS REFORMATARIOS
PERVERSOS SEXUALES
LA DEMENCIA INCIPIENTE
VISITAS COSMICAS
FUEGO PURIFICADOR
VAMPIRISMO ★ ONIROMANCIA
LA REENCARNACION
EL MERCADO DE LA MUERTE
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS
LA HONORABLE TRATA
LA NIGROMANCIA
BRUJOS E ILUMINADOS
EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LAS HUELLAS DE LA MALDICCION
HISTORIA DE MUERTE
HISTORIA DE LA CIA
LA PENA DE MUERTE
EL JUICIO FINAL ★ EL FUTURO
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA
VISION MEDIUMNICA



Pídalos en su kiosko favorito

Distribuidores exclusivos en America: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
6355 N.W. 36 Th Street Virginia Gardens, FLORIDA 33166 U.S.A.

P.V.P. **35** PTS.

Notas

[1] La mayoría de los indios que todavía subsisten en California, practican la religión católica, gracias al heroísmo y tenacidad de los misioneros españoles. (N. del E.). < <